

## DOS DE OCTUBRE DE 1928: ALCANCE Y SIGNIFICADO DE UNA FECHA

JOSE LUIS ILLANES

Pertenece al acervo de las afirmaciones comunes el reconocimiento de que el Opus Dei constituye un hito importante en la historia de la espiritualidad cristiana, precisamente por su afirmación de la llamada universal a la santidad, del valor cristiano del trabajo y de las realidades terrenas, de la vivencia teológica de la secularidad... De «pionero de la santidad laical» calificaba un autor, en 1964, a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei<sup>1</sup>. Y en los numerosos artículos aparecidos a raíz de su fallecimiento, ocurrido el 26 de junio de 1975, es fácil encontrar expresiones como «confesor revolucionario, que ha abierto a las almas caminos nuevos», «precursor del Concilio Vaticano II», «nueva etapa en la historia de la espiritualidad», «fenómeno pastoral asombroso en la historia de nuestro tiempo»...<sup>2</sup>. Su Santidad Juan Pablo II hizo suyo ese juicio en una audiencia concedida el 19 de agosto de 1979 a un numeroso grupo de miembros del Opus Dei: «¡Vivir el Evangelio en el mundo, viviendo, sí, inmersos en el mundo, pero para transformarlo y redimirlo con el auténtico amor a Cristo! Gran ideal, verdaderamente, el vuestro, que, desde sus inicios, ha anticipado la teología del laicado, que caracterizó después a la Iglesia del Concilio y del posconcilio»<sup>3</sup>.

En todos esos comentarios, al ponderar la importancia histórica de Mons. Escrivá de Balaguer se hace referencia a algunos hechos funda-

1. Joan B. TORELLÓ, *La spiritualità dei laici*, en «Studi Cattolici», año 8, n. 45 (1964) p. 20.

2. Ver, por ejemplo, los testimonios de los cardenales Albino LUCIANI, después Juan Pablo I, *Cercando Dio nel lavoro quotidiano*, en «Il Gazzettino», Venecia, 25-VII-1978; Sergio PIGNEDOLI, *Mons. Escrivá de Balaguer: un'esemplarità spirituale*, en «Il Veltro», Roma, n. 3-4 (1975); Marcelo GONZÁLEZ MARTÍN, *¿Cuál sería su secreto?*, en «ABC», suplemento dominical, Madrid, 24-VIII-1975; Franz KOENIG, *Berufung zur Heiligkeit verwirklichen ohne aus dieser Welt hinauszugehen*, en «Wiener Kirchen Zeitung», 21-XII-1975; Terence COOKE, *The founder of Opus Dei*, en «The Catholic News», New York, 28-IX-1978; Sebastiano BAGGIO, *Opus Dei: una svolta nella spiritualità*, en «Avvenire», Milán, 26-VII-1975, etc.

3. Texto en «L'Osservatore Romano», 20/21-VIII-1979.

mentales: a la afirmación neta y sin ambages de la llamada universal a la santidad; a la proclamación decidida del valor cristiano del trabajo y de todas las realidades humanas; al consiguiente énfasis en la posibilidad de una plenitud de vida cristiana en las circunstancias ordinarias del existir humano. ¿Por qué vías alcanzó Mons. Escrivá de Balaguer esa profunda intuición teológico-espiritual?, ¿en qué momento histórico llegó a ella? Esta última pregunta tiene una respuesta clara e inmediata: el 2 de octubre de 1928, ya que a esa fecha se ha referido constantemente el propio Mons. Escrivá de Balaguer señalándola como el momento preciso de la fundación del Opus Dei. «Padre, ¿realmente comenzó la Obra el 2 de octubre de 1928?», se preguntaba a sí mismo en una meditación predicada en el aniversario de esa fecha, en 1962. «Sí, hijo mío —contestaba decididamente—, se comenzó el día 2 de octubre de 1928. Desde ese momento no tuve ya *tranquilidad* alguna, y empecé a trabajar, de mala gana, porque me resistía a meterme a fundar nada; pero comencé a trabajar, a moverme, a hacer: a poner los fundamentos». «*La Obra de Dios no la ha imaginado un hombre*», afirmaba el 19 de marzo de 1934, para añadir enseguida que el Señor la había inspirado «a un instrumento inepto y sordo, que la vio por vez primera el día de los Santos Angeles Custodios, dos de octubre de mil novecientos veintiocho».

Lo ocurrido en esa fecha, y más concretamente su trascendencia teológica, constituyen el objeto de este estudio, en el que procederemos de acuerdo con el siguiente esquema: primero trazaremos un esbozo del itinerario espiritual del Fundador del Opus Dei hasta octubre de 1928, a fin de situar el contexto íntimo en que tuvo lugar lo acontecido el 2 de octubre de ese año; luego nos referiremos a esa fecha concreta; finalmente intentaremos poner de manifiesto la trascendencia doctrinal y teológica de ese acontecimiento <sup>4</sup>.

Como señala el cardenal Baggio, a quienes somos contemporáneos de Mons. Escrivá de Balaguer nos falta esa perspectiva histórica que permite valorar con todo el relieve necesario su figura <sup>5</sup>. Este ensayo es pues sólo una aproximación a una realidad que requerirá nuevas y cada vez más profundas consideraciones: ha sido redactado teniendo conciencia de esos límites, y así debe ser también leído.

4. Como semblanzas biográficas del Fundador del Opus Dei, pueden consultarse: Alvaro DEL PORTILLO, *Monseñor Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios*, en *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona 1976, pp. 15-60, y Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid 1976.—En la Sección IV, apartado titulado *Escritos biográficos* (pp. 514 y ss.), se reseñan ampliamente esas biografías sobre el Fundador del Opus Dei y otros escritos posteriores por François Gondrand, Peter Berglar y Andrés Vázquez de Prada [N. de la R.].

5. Cfr. artículos citados en la nota 2.

## I. ESBOZO DE UN ITINERARIO ESPIRITUAL

Para captar la trascendencia de un hecho, máxime si, como ocurre en nuestro caso, se trata de una honda experiencia espiritual, suele ser un buen camino poner de manifiesto el contexto en que surge. Vamos por eso a ofrecer un bosquejo del itinerario seguido por Mons. Escrivá de Balaguer desde su infancia hasta el mismo 2 de octubre de 1928. Nos basaremos para ello, ante todo, en sus propios recuerdos, de los que, afortunadamente, nos queda constancia por declaraciones suyas hechas en meditaciones o en ratos de charla; al mismo tiempo acudiremos a otros documentos a fin de precisar fechas, situaciones y ambientes. No es, pues, en modo alguno, lo que sigue una narración, y menos una narración completa, de la entera vida del Fundador de la Obra, ya que muchos acontecimientos quedan fuera de la perspectiva que adoptamos; los hechos que narraremos nos permiten, sin embargo, asomarnos a un proceso de honda maduración interior. Y eso es lo que interesa tener presente, en la medida en que contribuye a delinear el contexto del 2 de octubre de 1928.

### 1. *El período de la infancia*

«Nuestro Señor —rememoraba Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, durante una meditación, el 14 de febrero de 1964— fue preparando las cosas para que mi vida fuese normal y corriente, sin nada llamativo». «Me hizo nacer —continuaba— en un hogar cristiano, como suelen ser los de mi país, de padres ejemplares que practicaban y vivían su fe, dejándome una libertad muy grande desde chico, y vigilándome al mismo tiempo con atención. Trataban de darme una formación cristiana, y allí la adquirí más que en el colegio, aunque desde los tres años me llevaron a uno de religiosas, y desde los siete a uno de religiosos».

Sus padres, don José Escrivá y Corzán y doña María Dolores Albás y Blanc, pertenecientes ambos a antiguas familias aragonesas, contrajeron matrimonio en Barbastro el 19 de septiembre de 1898. Pronto, el 16 de julio de 1899, nació una hija, María del Carmen. Dos años y medio más tarde, el 9 de enero de 1902, ve la luz el primer varón: Josemaría. Nacen después tres niñas más: María Asunción (1905), María de los Dolores (1907) y María del Rosario (1909); y, algunos años más tarde, en 1919, un último varón: Santiago<sup>6</sup>.

6. La documentación sobre esos nacimientos puede encontrarse en el archivo de la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción (Catedral) de Barbastro, excepto la que se refiere a Santiago Escrivá de Balaguer que nació en Logroño y fue bautizado en la parroquia de Santiago el Real de esa ciudad.

La familia Escrivá disfrutaba de una situación económica desahogada, gracias a un comercio de venta de tejidos y fábrica de chocolate del que don José era copropietario. Los primeros años de Josemaría Escrivá de Balaguer transcurren tranquilos, más aún, felices. Según quienes lo conocieron en aquellos años, era un niño inteligente, muy despierto y vivo, alegre pero no travieso.

En el Colegio de los Escolapios, donde realizó estudios de primaria y comenzó a cursar el bachillerato<sup>7</sup>, destacó pronto en los estudios. Sus compañeros lo recuerdan como un buen amigo, muy sociable, poco aficionado a los juegos violentos, de carácter firme y enérgico, sereno y afable. Entre los recuerdos que el propio Mons. Escrivá de Balaguer conservaba se encuentran su capacidad para el dibujo —que le llevó incluso a pensar en estudiar arquitectura— y, sobre todo, su afición a la literatura desde años muy tempranos: tendría unos diez cuando leyó por primera vez *El Quijote*, en una edición en varios tomos y con abundantes litografías, que se encontraba en la biblioteca de sus padres.

El transcurso del tiempo, y una serie de hechos que le hicieron conocer el dolor, fueron templando su alma. En poco más de tres años, entre julio de 1910 y octubre de 1913, murieron las tres hermanas pequeñas de Josemaría, sembrando el luto en el hogar. Por estas mismas fechas, algunos reveses económicos provocaron la quiebra del negocio familiar, y don José Escrivá se vio obligado, en 1915, a dejar Barbastro y marchar a Logroño, donde había encontrado un trabajo que le permitía sostener a los suyos. Fue para todos, pero especialmente para el cabeza de familia, una experiencia dura. Don José supo, no obstante, hacer frente a la situación con dignidad y hombría de bien, con serenidad, dando a su hijo un ejemplo que no olvidaría jamás. «Vi a mi padre —rememoraba— como la personificación de Job. Le vi sufrir con alegría, sin manifestar el sufrimiento. Y vi una valentía que era una escuela para mí, porque después he sentido tantas veces que me faltaba la tierra y que se me venía el cielo encima, como si fuera a quedar

7. El Colegio de los Escolapios de Barbastro había sido fundado a fines del siglo XIX y gozaba de fama en las comarcas circundantes. En él coexistían dos planes de enseñanza: el de las Escuelas de pequeños, de leer y de escribir, según el esquema establecido por San José de Calasanz, y el de los cursos de Bachillerato, desarrollados de acuerdo con las normas dadas por la autoridad estatal. Las Escuelas eran frecuentadas por un número de alumnos que alcanzaba los doscientos; el Bachillerato por unos cincuenta: diez o doce, en cada uno de los primeros cursos; seis u ocho, en los últimos. De acuerdo con la legislación de la época, según la cual sólo los Institutos estatales otorgaban títulos, los alumnos del Colegio de los Escolapios de Barbastro que estudiaban el Bachillerato iban a examinarse, a final de cada curso a un Instituto: hasta 1912 al de Huesca y después al de Lérida. A ambos acudió, pues, Josemaría.

aplastado entre dos planchas de hierro». «No le recuerdo jamás —señalaba en otra ocasión— con un gesto severo; le recuerdo siempre sereno, con el rostro alegre. Y murió agotado: con sólo cincuenta y siete años, pero estuvo siempre sonriente. A él le debo la vocación».

En ese contexto humano recibió Josemaría Escrivá de Balaguer una formación cristiana recia, honda y sentida. No sólo en el colegio, sino, especialmente —de acuerdo con su propio testimonio, según texto ya citado—, en su propio hogar. A lo largo de toda su vida, Mons. Escrivá de Balaguer recordó las oraciones que su madre le enseñó de pequeño, la alegría de las fiestas de Navidad con la familia reunida junto al Belén, las luces que en la catedral de Barbastro rodeaban al Sagrario señalando la presencia de Cristo sacramentado, el cariño y la fe con que sus padres le hablaban de la Virgen, las incidencias del día en que hizo su primera Comunión... «Empezamos —comentaba, por ejemplo, en una homilia destinada a poner de manifiesto el itinerario que conduce a una vida de unión constante con Dios— con oraciones vocales, que muchos hemos repetido de niños: son frases ardientes y sencillas, enderezadas a Dios y a su Madre, que es Madre nuestra. Todavía, por las mañanas y por las tardes, no un día, habitualmente, renuevo aquel ofrecimiento que me enseñaron mis padres: *¡oh Señora mía, oh Madre mía!, yo me ofrezco enteramente a Vos (...)*»<sup>8</sup>. Y en términos igualmente vivos se expresaba hablando de esos otros hechos de su infancia a los que acabamos de aludir. La fuerza de sus recuerdos —muy concretos y detallados— pone de manifiesto que todos esos sucesos, similares a los conocidos por millares de niños hijos de padres cristianos, encontraron particular eco en su corazón.

En suma, ya desde niño, la fe recibida en el Bautismo echó, gracias al ejemplo de sus padres, la enseñanza del Catecismo y el influjo de la liturgia, raíces profundas en su alma. Ese dato debe ser subrayado, pero hay que decir a la vez que en la infancia del futuro Fundador del Opus Dei todo transcurrió con absoluta normalidad. Su vida cristiana no fue nunca rutinaria, sino auténtica y viva, y, al tiempo, sencilla sin sentimentalismos ni conmociones particulares: las perspectivas que el niño y el adolescente Josemaría Escrivá de Balaguer tenía ante sus ojos, las cosas que le atraían y con las que soñaba eran las normales en un chico de su edad y de su ambiente. Ni por un momento pensó en que Dios pudiera llamarle para encomendarle una misión especial. La idea de una eventual vocación sacerdotal tampoco pasó por su mente. Así lo comentó muchas veces: «Yo era un adolescente —contaba, por ejemplo, en una tertulia con sacerdotes, en Perú, el 26 de julio de

8. Esta homilia está recogida en el libro *Amigos de Dios*, el texto citado está en n. 296.

1974— y no pensaba ser sacerdote. Más aún: me molestaba el pensamiento de poder serlo algún día (...). Recuerdo que, cuando cursaba el Bachillerato, estudiábamos latín en el colegio. A mí no me gustaba; de una manera necia —¡estoy ahora tan dolido de eso!— decía: *el latín, para los curas y los frailes...* ¿Veis que estaba bien lejos de ser sacerdote?». Unos días antes, el 1 de ese mismo mes, en Santiago de Chile, comentaba: «A mí, Jesucristo no me pidió permiso para meterse en mi vida. Si a mí me dicen, en ciertos tiempos, que iba a ser cura... ¡Y aquí estoy!».

## 2. *Barruntos del querer divino*

Si Mons. Escrivá de Balaguer insistía, al evocar su infancia, en esa normalidad a la que acabamos de hacer referencia, no era por un prurito de exactitud, sino porque deseaba poner de manifiesto algo que le importaba sobremanera: dejar claro que lo acontecido después en su vida no era algo nacido de su propio ser, de sus sentimientos, ansias o afanes, sino fruto de una libre iniciativa divina: «Dios se metió en mi vida sin pedirme permiso», repitió muchísimas veces. Y al hablar así se refería a sucesos concretos, claramente localizados en el tiempo.

«Tenía yo catorce o quince años cuando comencé a barruntar el Amor, a darme cuenta de que el corazón me pedía algo grande y que fuese amor», rememoraba el 19 de marzo de 1975, pocos meses antes del fin de su vida terrena. «Acuden a mi pensamiento —decía diez años antes, en la ya citada meditación del 14 de febrero de 1964— tantas manifestaciones del Amor de Dios en aquellos años de mi adolescencia, cuando barruntaba que el Señor quería algo de mí, algo que no sabía lo que era. Sucesos y detalles ordinarios, aparentemente inocentes, de los que El se valía para meter en mi alma esa inquietud divina. Por eso he entendido muy bien aquel amor tan humano y tan divino de Teresa del Niño Jesús, que se conmueve cuando por las páginas de un libro asoma una estampa con la mano herida del Redentor. También a mí me han sucedido cosas de ese estilo, que me removieron y me llevaron a la comunión diaria, a la purificación, a la confesión y a la penitencia»<sup>9</sup>.

9. La escena de la vida de Teresa de Lisieux, a la que el Fundador del Opus Dei se refiere en ese texto, está contada en *Historia de un alma*, capítulo quinto.

*Historia de un alma*, narración autobiográfica de la vida de Teresa del Niño Jesús preparada en el Carmelo de Lisieux sobre la base de manuscritos dejados por la Santa, se publicó en 1898, al año de su muerte, alcanzando enseguida amplia difusión y siendo traducida en diversas lenguas. Los *Manuscritos autobiográficos*, base de *Historia de un alma*, fueron publicados por primera vez en 1956, en edición facsimil,

Trasladémonos a Logroño y concretamente al invierno de 1917-1918. Un clima particularmente duro reinaba durante esas fechas en la capital riojana. A principios de diciembre comenzó a nevar y, a partir de esa fecha hasta entrado enero, se mantuvo un tiempo extremadamente crudo; en algunos momentos la temperatura llegó a descender hasta casi 20 grados bajo cero.

Durante una de esas jornadas de frío intenso, con el suelo cubierto de nieve, Josemaría Escrivá de Balaguer aún adolescente, camina por una de las calles de Logroño. De repente algo llama poderosamente su atención: las huellas dejadas sobre la nieve por los pies descalzos de un fraile carmelita. Siente como un aldabonazo en su alma: hay quien se enfrenta con el frío por amor de Dios, y yo, ¿qué estoy haciendo por Cristo? Ese pensamiento se clava en su alma y la agujonea. No es algo pasajero, sino una inquietud profunda que reclama una respuesta decidida. Ha sido hasta el momento un muchacho trabajador, leal, afable, piadoso, pero advierte ahora que todo eso no basta: ha empezado —digámoslo con sus mismas palabras, según texto citado más arriba— a barruntar la hondura del amor divino y una sed insaciable de plenitud de entrega bulle en su corazón. «¿Saber que me quieres tanto, Dios mío, y... no me he vuelto loco?»; «Señor: que tenga peso y medida en todo... menos en el Amor»; «Cristo ha muerto por ti. —Tú... ¿qué debes hacer por Cristo?»: son algunas de las frases que, años más tarde, en la década de los treinta, escribirá en *Consideraciones espirituales* y en *Camino*, y que nos permiten entrever de algún modo los sentimientos que, desde esa escena de un día de invierno, llenaron su corazón<sup>10</sup>.

Si la llamada de Dios es neta y determinada, no lo es en cambio su contenido: «Vi con claridad que Dios quería algo, pero no sabía qué era», comentaba el 19 de marzo de 1975, y otras muchas veces. En esa situación de incertidumbre, busca el consejo de un carmelita: el padre José Miguel de la Virgen del Carmen<sup>11</sup>. Después de dos o tres meses

---

y en 1957, en edición impresa; la escena que nos ocupa se encuentra —con alguna diferencia redaccional respecto a *Historia de un alma*— en el Manuscrito A, que recoge el relato de su vida compuesto por la Santa en 1895 para la Madre Inés de Jesús, su hermana Paulina, en aquel momento priora del Carmelo de Lisieux.

10. *Consideraciones espirituales*, p. 44 (*Camino*, nn. 425 y 427) y *Camino*, n. 299.

*Consideraciones espirituales* fue publicado en 1934; reelaborado y ampliado dio origen a *Camino*, cuya primera edición data de 1939. En los puntos en que coinciden citaremos ambas fuentes.

11. Los carmelitas, que carecían de convento en Logroño desde mediados del siglo XIX, lo habían restablecido precisamente a finales de 1917. La crónica de Silvestre de Santa Teresa (*Historia del Carmen Descalzo*, t. 13, Burgos 1946, p. 831-

de dirección espiritual, el P. José Miguel le sugiere que se haga carmelita, pero Josemaría, aunque no puede percibir con claridad qué es lo que Dios quiere de él, advierte que no es esa la voluntad divina. ¿Qué camino tomar entonces? Una idea se abre paso en su mente: hacerse sacerdote. No es, propiamente hablando, que considere el sacerdocio como la respuesta última a la inquietud sembrada por Dios en su alma, sino más bien que ve en la elección del camino sacerdotal la forma de estar en condiciones de poder dar sin trabas una respuesta cuando llegue el momento en que Dios le haga conocer por entero sus designios. Encaminarse al sacerdocio es una decisión que, al cortar con otros lazos y condicionamientos, le coloca en una situación de plena disponibilidad para los planes divinos: ya vendrá lo que Dios quiera, cuando El quiera y como El quiera. «¿Por qué me hice sacerdote? Porque creí —explicará años después, hablando de su ordenación sacerdotal, ocurrida en 1925— que así sería más fácil cumplir una voluntad de Dios, que no conocía. Desde unos ocho años antes de mi ordenación la barruntaba, pero no sabía qué era, y no lo supe hasta 1928. Por eso me hice sacerdote».

Cuando, en 1918, decide encaminarse hacia el sacerdocio, Josemaría es consciente de que el paso que se dispone a dar afecta no sólo a su persona, sino a toda su familia, que va a verse privada de la ayuda que podía esperar del hijo mayor. Esa consideración le conmueve, pero no le retrae de su decisión, y sin esperar más la comunica a su padre. «Un buen día —ha contado muchos años más tarde— le dije a mi padre que quería ser sacerdote: fue la única vez que le vi llorar. El tenía otros planes posibles, pero no se rebeló. Me dijo:

»—Hijo mío, piénsalo bien. Los sacerdotes tienen que ser santos... Es muy duro no tener casa, no tener hogar, no tener un amor en la tierra. Piénsalo un poco más, pero yo no me opondré.

»Y me llevó a hablar con un sacerdote amigo suyo, el Abad de la Colegiata de Logroño».

Aquel sacerdote se llamaba don Antolín Oñate. Con él, y con otro sacerdote conocido en la ciudad por su piedad y su don de consejo —don Albino Pajares, capellán castrense—, habló Josemaría. En esas

833) detalla que en noviembre de ese año se instaló en Logroño un hermano lego al que, en diciembre, se le unieron dos sacerdotes, los padres Vicente de Jesús María y José Miguel de la Virgen del Carmen.

El P. José Miguel había nacido en Besande, León, en 1884; carmelita desde 1901, estuvo en Logroño desde 1917 a 1926, ocupando luego diversos cargos en la orden; falleció en Oviedo el 23-IX-1942 (datos tomados de las notas necrológicas aparecidas en las revistas «Ecos del Carmelo y Praga», Burgos, 15-XII-1943, pp. 212-214, y «El Monte Carmelo», Burgos, 44, 1943, p. 581).

conversaciones el perfil de lo que podía ser la vida de un sacerdote de aquella época se precisó ante sus ojos: el trabajo en una parroquia, eventualmente las oposiciones a una canongía, la enseñanza o la dirección de un seminario... «Aquello —continúa el texto recién citado— no era lo que Dios me pedía, y yo me daba cuenta: no quería ser sacerdote para ser sacerdote, el *cura* que dicen en España. Yo tenía veneración al sacerdote, pero no quería para mí un sacerdocio así». Lo que Dios le pide es algo muy distinto. Pero a la vez está claro que debe ser sacerdote: Dios quiere su sacerdocio para servirse de él con vistas a esos designios que algún día le dará a conocer, y debe por tanto seguir ese camino en actitud de completa disponibilidad.

A fines de mayo de 1918 terminó Josemaría Escrivá de Balaguer el último curso de bachillerato. En octubre de 1918 se incorporó al seminario de Logroño como alumno externo. Permaneció allí dos años, ya que, en septiembre de 1920, se trasladó a Zaragoza para proseguir los estudios teológicos en la Universidad pontificia que entonces existía en esa ciudad.

### 3. *Los años de Zaragoza*

«Yo, casi sin darme cuenta, repetía: *Domine, ut videam!, Domine, ut sit!* No sabía lo que era, pero seguía adelante, sin corresponder plenamente a la bondad de Dios, esperando lo que más tarde habría de recibir: una colección de gracias, una detrás de otra, que no sabía cómo calificar y que llamaba operativas, porque de tal manera dominaban mi voluntad que casi no tenía que hacer esfuerzo. Adelante, sin cosas raras, trabajando sólo con mediana intensidad... Fueron los años de Zaragoza».

Había en aquel tiempo en Zaragoza dos seminarios para candidatos al sacerdocio: el Seminario Conciliar de San Valero y San Braulio y el Seminario de San Francisco de Paula. A éste último —que estaba unido a una de las instituciones y edificios más conocidos de la capital aragonesa: el Seminario Sacerdotal de San Carlos— se incorporó, como alumno interno, el joven Josemaría Escrivá de Balaguer. Iniciaba así una etapa de su vida en muchos aspectos nueva, en un ambiente muy diverso del que había conocido hasta entonces en el hogar paterno<sup>12</sup>.

12. El edificio del San Carlos —describirlo será útil para seguir la narración que estamos realizando— es una construcción de planta cuadrangular no del todo uniforme. Uno de los lados lo ocupa la iglesia: un bello templo de estilo barroco. El resto estaba distribuido, en los años veinte, de esta forma: en la planta baja o primera,

El régimen del seminario de San Francisco seguía el esquema acostumbrado en los seminarios de aquel tiempo. Reseñémoslo, aunque sea sólo en líneas muy generales. Los seminaristas se levantaban a las seis y media de la mañana. Después de asearse, acudían a la capilla para hacer media hora de meditación<sup>13</sup>, a la que seguía la Santa Misa. Después del desayuno, que hacían siempre en silencio mientras uno de ellos leía algún capítulo de la *Imitación de Cristo*, marchaban —juntos, en filas de a dos— a las clases en la Universidad Pontificia, que estaba unida al otro seminario, el de San Valero y San Braulio, situado cerca de la Catedral. Solía haber cada mañana dos horas de clase y, entre medio, un rato de estudio y otro de descanso. La enseñanza estaba basada más en el estudio de textos que en las explicaciones de los profesores, y era corriente que en cada clase el profesor señalara los temas o lecciones que los alumnos debían aprender para la clase siguiente, en la que preguntaban la lección señalada, haciendo al filo de las contestaciones algún comentario o glosa<sup>14</sup>.

A las doce y media, terminada la última clase, los seminaristas del San Francisco dejaban la Universidad Pontificia y volvían a su casa. La comida, a eso de la una, era también en silencio, mientras se leía algún libro de tema piadoso, a no ser que quien presidía concediese autorización para hablar. Por la tarde, tras un rato de recreo, de nuevo a clase: una sola esta vez. La jornada se completaba con unas dos horas de estudio, todos juntos en una sala con pupitres preparada al efecto, cortando el tiempo por la mitad para rezar el Rosario y tener un rato de lectura espiritual<sup>15</sup>. A las nueve de la noche tenía lugar la cena,

---

salas de visita y comedores; en la segunda, la residencia de los sacerdotes del Seminario Sacerdotal de San Carlos; en la tercera y la cuarta, el Seminario de San Francisco, que tenía cabida para unos cuarenta alumnos.

Sobre la historia del edificio del San Carlos y de los seminarios de Zaragoza pueden encontrarse algunos datos en Federico TORRALBA, *Real Seminario de San Carlos Borromeo de Zaragoza*, Zaragoza 1974, y Juan CRUZ, *El seminario de Zaragoza. Notas históricas*, Zaragoza 1945.

13. Los seminaristas de aquella época recuerdan que, para facilitar la oración, un lector leía en voz alta algunos puntos de las *Meditaciones espirituales, sacadas en parte de las del V. P. Luis de la Puente, acomodadas a todos los días y actividades del año*; se trata de una obra del P. Francisco Garzón, cuya primera edición fue publicada en Madrid en el año 1900.

14. Los manuales utilizados estaban escogidos, por lo demás, entre los más conocidos y acreditados de la época: el Paquet y el Mazella en Teología Dogmática; el Sasse en Teología Sacramentaria; el Ferreres, en Teología moral; el Cornely, en Sagrada Escritura, etc.

15. Se leía siempre —según recuerdan los seminaristas de entonces— el mismo libro, volviendo a la primera página cada vez que se llegaba a la última: el *Ejercicio de Perfección*, de Alonso RODRÍGUEZ.

concluyendo el día con un breve rato de examen de conciencia en la capilla<sup>16</sup>.

Así transcurrieron los dos primeros cursos que Josemaría Escrivá de Balaguer pasó en Zaragoza. En septiembre de 1922, el cardenal Juan Soldevilla, que regentaba la diócesis zaragozana, decidió nombrarlo superior del Seminario, confiriéndole para ello la tonsura<sup>17</sup>. En junio de 1923 terminó el cuarto de Teología, el último de los recursos institucionales; y durante el curso 1923-24, cursó un quinto año de carácter monográfico. Por esas mismas fechas —1923— consideró llegado el momento de seguir un consejo que le había dado su padre cuando le habló de hacerse sacerdote: estudiar, además de las ciencias eclesiásticas, la carrera civil de Derecho. Comenzó estos estudios como alumno libre, aunque asistiendo a clase siempre que se lo permitieron sus obligaciones en el Seminario: así, pensaba, se disponía mejor para cumplir lo que Dios le pidiera.

Pero con lo dicho, hemos descrito sólo el marco exterior de una vida cuyas dimensiones determinantes se sitúan a otro nivel, el del espíritu, como consecuencia del proceso de profundísima maduración interior iniciado en Josemaría Escrivá de Balaguer desde el momento mismo de los barruntos de Logroño. La conciencia de la llamada divina, firmemente arraigada en su corazón desde aquel día del invierno de 1917-18, se ha ido haciendo cada vez más penetrante. A aquella primera luz han seguido otras —las «gracias operativas», de que habla el texto citado más arriba—, hasta marcar hondamente todo su ser. Sus afanes e ilusiones han estado dirigidos hacia las perspectivas que le ha abierto la luz divina: le son aún desconocidas en su concreción y detalle, pero su confianza en Dios no le permite dudar de ellas en lo más mínimo, y su oración se vuelca en una petición constante urgiendo a Dios que haga realidad sus designios. Esa oración se remansa en largos ratos junto al Sagrario o ante alguna imagen de la Virgen, pero se

16. El horario descrito es, como es lógico, el de los días normales. Los jueves, por la tarde, solía haber paseo. Marchaban en filas de a dos hasta llegar a las afueras de la ciudad, donde se rompía la formación. Los domingos y festividades había también paseo y los seminaristas que tenían familia en Zaragoza podían ser autorizados a pasar la jornada con ella.

17. El Seminario de San Francisco estaba dirigido por un rector —que era siempre uno de los sacerdotes del San Carlos— ayudado por dos Inspectores elegidos entre los alumnos. Estos Inspectores, a pesar de ser alumnos, venían así a ejercer una auténtica función de gobierno, ya que les correspondía en gran parte el cuidado de la disciplina interna.

Mons. Escrivá de Balaguer recibió la tonsura el 28 de septiembre de 1922; dos meses más tarde —el 17 y el 21 de diciembre— recibió las órdenes menores. Estas fechas, y las de las ordenaciones posteriores, constan en los expedientes de órdenes que se conservan en los archivos de la Notaría Mayor de la archidiócesis de Zaragoza.

expresa también en frases breves, jaculatorias, que resumen los afanes de su corazón. «No puedo dejar de recordar —rememoraba, años más tarde, en una homilía sobre vida de fe, comentando la narración evangélica sobre la curación del ciego de Jericó (Mc 10,46 s.)— que, al meditar este pasaje muchos años atrás, al comprobar que Jesús esperaba algo de mí —¡algo que yo no sabía qué era!—, hice mis jaculatorias. Señor, ¿qué quieres?, ¿qué me pides? Presentia que me buscaba para algo nuevo y el *Rabboni, ut videam* —Maestro, que vea— me movió a suplicar a Cristo, en una continua oración: Señor, que eso que Tú quieres, se cumpla»<sup>18</sup>.

Aunque no habla prácticamente nunca de estos temas, los compañeros de seminario notan que sus preocupaciones interiores trascienden el ámbito de la usual vida eclesiástica. Y a parecidas conclusiones llegan sus condiscípulos en la Facultad de Derecho: era —comenta uno de ellos, el hoy notario David Mainar— «una personalidad tallada en plena juventud, con un ideal religioso a realizar»; «lo recuerdo —añade otro, el abogado Domingo Fumanal— como un *romántico* de Cristo: un enamorado de Cristo; un hombre de fe total en el Evangelio».

Una humildad profunda, junto a un desprendimiento igualmente radical, caracterizan su vida interior. Porque, no lo olvidemos, en 1917-18 Dios le ha hecho notar que quiere algo de él, pero no le ha revelado el contenido de sus deseos. Y, de esa forma, el Fundador del Opus Dei se vio llevado a vivir —como recordaba en la ya citada tertulia con sacerdotes, en Perú, el 26 de julio de 1974— «medio ciego, siempre esperando el porqué. ¿Por qué me hago sacerdote? El Señor quiere algo; ¿qué es?». El cardenal Marcelo González, arzobispo de Toledo, preguntándose por la fuerza interior capaz de explicar la eficacia apostólica del Fundador del Opus Dei, la coloca en «el dejarse llevar», en la posesión de «un corazón pobre, no instalado, desprendido, abierto a todo, saturado de confianza en Dios en medio de las mayores pruebas»<sup>19</sup>. Ese abandono total e incondicionado en manos de Dios, de que

18. *Amigos de Dios*, n. 197. Y, en Perú, el 26 de julio de 1974, contaba: «El Señor quiere algo; ¿qué es? Y con un latín de baja latinidad, cogiendo las palabras del ciego de Jericó, repetía: *Domine, ut videam! Ut sit! Ut sit!* Que sea eso que Tú quieres y que yo ignoro. *Domina, ut sit!*».

No es esa la única jaculatoria que repite. «Cuando yo tenía barruntos de que el Señor quería algo y no sabía lo que era —narraba el 2 de octubre de 1962—. decía gritando, cantando, ¡como podía!, unas palabras que seguramente si no las habéis pronunciado con la boca, las habéis paladeado con el corazón: *ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur* (Lc 12,49); he venido a poner fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda? Y la contestación: *ecce ego quia vocasti me!* (1 Sam 3,8), aquí estoy, porque me has llamado». Comentarios a esos textos bíblicos pueden encontrarse en *Es Cristo que pasa*, nn. 120 y 170, y en *Amigos de Dios*, n. 187.

19. Artículo citado en la nota 2.

dio pruebas Mons. Escrivá de Balaguer a lo largo de toda su vida, se acrisoló durante los once años pasados en expectativa, a la espera de una luz divina que desvelara el sentido de la inquietud sembrada en su corazón. Caminar así, ser fiel a una llamada que se entrevé pero de la que no se conocen el porqué ni el para qué, perseverar jornada a jornada dispuesto para cualquier cosa, aun la más inesperada, vivir al día sin poder hacer planes ni proyectos, es una forja que purifica el alma hasta terminar situándola en una plena desnudez ante Dios. La incertidumbre en que el Señor mantuvo a Mons. Escrivá de Balaguer durante largos años le condujo a una actitud de disponibilidad tan honda que acabó siendo consubstancial con la propia persona.

Hay un texto del Fundador del Opus Dei que no se refiere específicamente a los años que estamos considerando, pero que nos parece oportuno reproducir, ya que ilumina lo que estamos intentando exponer. «Dios nuestro Señor me trató como a un niño; no me presentó de una vez todo el peso, y me fue llevando adelante poco a poco. A un niño pequeño no se le dan cuatro encargos de una vez. Se le da uno, y después otro, y otro más cuando ha hecho el anterior. ¿Habéis visto cómo juega un chiquillo con su padre? El niño tiene unos tarugos de madera, de formas y colores diversos... Y su padre le va diciendo: pon éste aquí, y ése otro ahí, y aquel rojo más allá... Y al final ¡un castillo!» En otro momento, esta vez en un escrito fechado en 1961, se expresaba en términos muy parecidos: «Y para abrir paso a este querer divino, verdadero fenómeno teológico, pastoral y social en la vida de la Iglesia, Dios me llevaba de la mano, calladamente, poco a poco, hasta hacer *su castillo*: da este paso —parece que decía—, pon esto ahora aquí, quita esto de delante y ponlo allá. Así ha ido el Señor construyendo su Obra, con trazos firmes y perfiles delicados, antigua y nueva como la Palabra de Cristo».

Difícilmente cabe imaginar textos en los que el olvido de sí, el desprendimiento propio, la actitud de abandono sean expresados de manera más plena. Y, a la vez, más espontánea, menos dramática. Ya que Mons. Escrivá de Balaguer tuvo una clara conciencia de que la historia entera es como un juguete en las manos de Dios, pero no olvidó ni un instante que ese Dios que juega por todo el orbe de la tierra —*ludens in orbe terrarum*, dice la Escritura<sup>20</sup>— es un Dios que ama a los hombres con corazón de padre, un Dios que —como dice también la Escritura, y en el lugar recién citado— «tiene sus delicias entre los hijos de los hombres»<sup>21</sup>.

20. Prov 8,31.

21. Comentarios de Mons. Escrivá de Balaguer a ese texto de los *Proverbios* pueden encontrarse en *Amigos de Dios*, n. 152, y en *Es Cristo que pasa*, nn. 44 y 102.

La actitud de abandono en las manos de Dios no tuvo jamás en Mons. Escrivá de Balaguer un tono desgarrado, sino al contrario confiado y filial. Y eso, nos parece, como consecuencia de otro rasgo de su fisonomía espiritual, presente ya, y con fuerza, desde los años en el seminario: el hecho de que su docilidad plena a los planes de Dios estuviera acompañada de una oración no sólo viva, sino sencilla y, podríamos añadir, familiar. Un texto significativo para comprender el itinerario de la vida interior del Fundador del Opus Dei es una homilía que pronunció en 1967 y que fue publicada no mucho después con el título *Hacia la santidad*<sup>22</sup>. En esa homilía, Mons. Escrivá de Balaguer comenta —en frase ya citada— que la vida de trato con Dios comienza con las oraciones aprendidas en la infancia, y va después, si el alma persevera en la oración, creciendo paulatinamente. Ese caminar, advierte, no siempre es fácil, ya que en la vida de todo hombre, aparecen, de una forma u otra, pronto o tarde, dificultades y contradicciones que ponen en peligro sus deseos de fidelidad al ideal cristiano. Al llegar a este punto, se pregunta: «¿Cómo podremos superar esos inconvenientes? ¿Cómo lograremos fortalecernos en aquella decisión, que comienza a parecernos muy pesada? Inspirándonos en el modelo que nos muestra la Virgen Santísima, nuestra Madre: una ruta muy amplia, que necesariamente pasa a través de Jesús»<sup>23</sup>.

Ir a Dios de la mano de Jesús y de María. Acercarse a Dios a través de Jesús y de María. Y, de esa forma, descubrir, a un tiempo e inseparablemente, la majestad infinita y el amor insondable de un Dios que ha querido compartir la condición humana hasta en los detalles más corrientes y familiares. Ese fue el itinerario que siguió el Fundador del Opus Dei, y, concretamente, el camino a través del cual se fraguó ese abandono a la vez total y confiado, incondicionado y alegre, al que hemos hecho referencia.

«Durante el tiempo que pasé en Zaragoza, haciendo mis estudios sacerdotales, mientras frecuentaba las aulas de la Facultad de Derecho Civil, mis visitas al Pilar eran por lo menos diarias», rememoraba en un artículo de 1970<sup>24</sup>. Allí, en el Pilar, o en cualquier otro sitio, al contemplar una imagen de Nuestra Señora o al pensar en Ella y dirigirle palabras de cariño, se va empapando de una verdad profunda: Dios ha querido aproximarse tanto a nosotros que se ha hecho hombre naciendo de mujer, teniendo una Madre que es también Madre nuestra. El

22. Esa homilía está recogida en *Amigos de Dios*, nn. 294-316.

23. *Amigos de Dios*, n. 299.

24. *Recuerdos del Pilar*, en «El Noticiero», Zaragoza, 11-X-1970. Ver también *La Virgen del Pilar*, en *Libro de Aragón*, Zaragoza 1976, reproducido en «Palabra», 144-145 (1977) pp. 309-312.

trato con María nos conduce hasta Jesús y en El, perfecto Dios y perfecto Hombre, descubrimos el amor de Dios Padre y la fuerza del Espíritu Santo. «A Jesús siempre se va y se “vuelve” por María», escribirá después en *Consideraciones espirituales*; y en *Santo Rosario* —otro libro redactado también a principio de los años treinta— añade: «*El principio del camino*, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima»<sup>25</sup>.

En esa vivencia de la cercanía de Dios, en esa profundización en el misterio de Cristo se inserta, poderosamente, otra realidad fundamental: la Sagrada Eucaristía, de la que habló siempre de forma profundamente sentida:

«Considera lo más hermoso y grande de la tierra..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos...

»Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. —Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada, al lado de ¡este Dios mío! —¡tuyo!—, tesoro infinito, margarita preciosísima, humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía».

«Humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario... —Pero más humillación y más anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo, y que en Nazaret y que en la Cruz.

»Por eso, ¡qué obligado estoy a amar la Misa! (“Nuestra” Misa, Jesús...!)».

«¿No te alegra si has descubierto en tu camino habitual por las calles de la urbe ¡otro Sagrario!?».

He aquí algunos puntos de *Consideraciones espirituales*<sup>26</sup> que pueden servirnos para intuir su oración desde años antes. Por lo demás entre los hechos que Mons Josemaría Escrivá de Balaguer conservaba

25. *Consideraciones espirituales*, p. 52 (*Camino*, n. 495) y *Santo Rosario*, 16.<sup>a</sup>, Madrid 1975, p. 12.

Para una ulterior consideración de la piedad mariana del Fundador del Opus Dei, pueden verse sus homilias «Por María hacia Jesús», «La Virgen Santa, causa de nuestra alegría» y «Madre de Dios, Madre nuestra» —las dos primeras recogidas en *Es Cristo que pasa*; la tercera, en *Amigos de Dios*—, así como el ensayo de Mons. Javier ECHEVARRÍA, *El amor a María Santísima en las enseñanzas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «Palabra», 156-157 (1978), pp. 7-11.

26. *Consideraciones espirituales*, pp. 45, 45-46 y 30 (*Camino*, nn. 432, 533 y 270).

en la memoria sobre sus años de Zaragoza ocupa un lugar de relieve el recuerdo de las largas horas que pasó en oración ante el Sagrario de la iglesia de San Carlos <sup>27</sup>, y el de la emoción profunda —le temblaban las manos— con la que, siendo diácono, tomó por primera vez entre sus dedos la Hostia Consagrada para administrar la Comunión <sup>28</sup>. Otro recuerdo, intrascendente en apariencia, contribuye también a descubrirnos su alma. «Me acuerdo —contaba el 30 de marzo de 1964— de una escena que presencié hace bastantes años, en Zaragoza, en un bar que no sé si seguirá existiendo. Había en aquel café un grupo de hombres y, entre ellos, un torero famoso. Se paraba la gente a contemplarlo. Un niño salió de la muchedumbre, pasó una mano por el traje del hombre que todos admiraban, y volvió con la cara radiante, diciendo a gritos: ¡lo he tocado!» Muchas veces evocó ese suceso, aplicándolo a nuestro *tocar a Cristo* en la Palabra y en el Pan, en la oración y en la Eucaristía <sup>29</sup>, señal de que aquella escena vista casualmente en una calle zaragozana quedó grabada en su alma y fue tema frecuente de su oración.

#### 4. *Entre niños y enfermos de Madrid*

El 28 de marzo de 1925 recibió Mons. Escrivá de Balaguer el presbiterado. Dos días después, en la más absoluta intimidad —su padre había fallecido pocos meses antes, el 27 de noviembre de 1924—, celebró la Primera Misa en la Santa Capilla de la Virgen del Pilar. Inmediatamente, salió para Perdiguera, un pueblecito de la tierra aragonesa a donde le llevaba su primer encargo pastoral: regente de la parroquia. Permaneció allí sólo dos meses, pero fue no obstante un período intenso, del que conservó muchos recuerdos <sup>30</sup>. A mediados de mayo regresó a Zaragoza a fin de poder completar los estudios de Derecho. A ese

27. Las rememoró, por ejemplo, el 22 de octubre de 1960 cuando, después de muchos años de ausencia, tuvo oportunidad de volver a Zaragoza y al Seminario de San Carlos, en cuya iglesia dijo la Santa Misa. En la homilía que pronunció, señaló en cierto momento un balcón o tribuna, que da a la zona del presbiterio, a media altura, a poca distancia del Sagrario. «Allá arriba —dijo con voz sentida— en esa tribuna, yo me acercaba tantas veces a Jesús...».

28. «En esta casa de San Carlos he recibido yo la formación sacerdotal. Aquí, en este altar, yo me acerqué tembloroso para coger la forma sagrada y dar por primera vez la Comunión a mi madre. No imagináis... voy de emoción en emoción». Así comenzó la homilía pronunciada el 22 de octubre de 1960, con ocasión de la visita a Zaragoza ya mencionada en la nota anterior.

29. Cfr. *Camino*, n. 87.

30. Perdiguera está situado a 25 kilómetros de Zaragoza, en la carretera hacia Sariñena; en 1925 la parroquia allí erigida tenía a su cargo la atención espiritual de 850 personas, habitantes en el núcleo urbano o esparcidas por los 100 kilómetros cuadrados que abarcaba el término municipal.

trabajo se dedicó con intensidad, al mismo tiempo que daba clases en una academia —sin duda para contribuir al sostenimiento de su familia—, atendía una capellanía <sup>31</sup>, y desempeñaba algunos otros encargos pastorales que le fueron encomendados por la autoridad diocesana.

En enero de 1927 se presentó al último de los exámenes de Licenciatura de Derecho. Poco después llevó a la práctica una decisión en la que probablemente venía meditando desde tiempo atrás: marchar a Madrid. Lo que explicó ese traslado fue la prosecución de los estudios jurídicos hasta la obtención del título de Doctor, cuya colación, en aquel tiempo, estaba reservada a la Universidad madrileña. Pero detrás de ese paso hay sin duda razones más hondas, relacionadas con la constante actitud de disponibilidad ante Dios que ha caracterizado todo su comportamiento desde 1918.

En cualquier caso, en abril de 1927, apenas terminada la Semana Santa, se trasladó a la capital de España. Enseguida inició los trámites para comenzar los estudios de doctorado en Derecho y buscó un trabajo sacerdotal. En junio era ya capellán del Patronato de Enfermos, una labor benéfico-asistencial que le puso en relación con algunos de los ambientes más necesitados del Madrid de aquella época <sup>32</sup>. Al contemplar la situación de abandono material y, sobre todo, humano y espiritual, en que muchas personas vivían, su corazón se sintió hondamente conmovido y su afán de almas se desbordó. Parece como si su celo sacerdotal, al llegar a Madrid, se expandiera sin frenos por un amplio campo en el que tenía plena posibilidad de ejercer todas las funciones propias de su ministerio y desgranar sin trabas sus deseos de entrega.

Sin descanso Don Josemaría recorre Madrid en las más variadas direcciones —de Chamartín a Usera, de Atocha a Tetuán— para expli-

31. En la iglesia de San Pedro Nolasco, destruida años más tarde para dar paso a la actual iglesia de los Sagrados Corazones.

32. El Patronato de Enfermos era —y sigue siendo, ya que todavía existe— una labor promovida por la congregación religiosa de las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón de Jesús.

Las Damas Apostólicas —fundadas a principio de siglo por una joven aristócrata madrileña, Luz Rodríguez Casanova— se ocupaban, de una parte, en la gestión de escuelas en las que se enseñaba el Catecismo y se daba educación primaria a hijos de familias menesterosas, y, de otra, en la atención domiciliar a moribundos y en la asistencia a pobres y enfermos en el edificio del Patronato, situado en la calle de Santa Engracia. Aunque la congregación contaba, en 1927, sólo con diez religiosas, su labor era muy amplia, ya que, con la ayuda de numerosas señoras y chicas que colaboraban con ellas, dirigían unas setenta escuelitas en diversos barrios madrileños, visitaban anualmente a unos 4.000 enfermos y moribundos, distribuían diariamente unas 300 comidas y sostenían en el Patronato una clínica con una veintena de camas (datos tomados del «Boletín trimestral del Patronato de Enfermos», publicado por aquellas fechas).

car el catecismo o confesar a unos niños, para asistir a un moribundo, para llevar la Comunión a un enfermo... «¡Cuántas horas —evocará años más tarde, el 19 de marzo de 1975— de caminar por aquel Madrid mío, cada semana, de una parte a otra, envuelto en mi manteo!». Sabía bien que esa actividad no era el panorama definitivo de su vida —los barruntos divinos continuaban sembrando la inquietud en su alma y preparándole para algo que habría de venir—, pero percibía a la vez que su espera no podía ser pasiva y se volcaba en la tarea que, de momento, Dios había colocado ante él.

Su mundo interior continuó desarrollándose. Sus recuerdos nos hacen ver que, entre otros muchos puntos de la ascética cristiana, profundizó en la vida de infancia y en el sentido del dolor.

Al tratar con los niños, a los que habla y confiesa en largos ratos de catequesis preparatoria para la Primera Comunión, comprueba la espontaneidad, sencillez y audacia con la que los chiquillos actúan, y eso le lleva a pensar en su situación frente a Dios: en esos barruntos, en esas inquietudes sobrenaturales que le acucian y frente a los que se reconoce poca cosa, «nada y menos que nada» como dirá a veces. Su fuerza —concluye— ha de estar en el ser niño: en el saberse desvalido y, por tanto, capaz de todo a través de la oración. «Cuando trabajaba con niños —contaba en el ya citado rato de tertulia con sacerdotes en Perú, el 26 de julio de 1974—, aprendí de ellos lo que he llamado vida de infancia. ¡Allá cada uno! El que no se sienta movido por Dios para seguir por ahí, que no vaya. A mí se me metió en el corazón tratando a los niños. Aprendí de ellos, de su sencillez, de su inocencia, de su candor, de contemplar que pedían la luna y había que dársela». Y añadió, cambiando el tono de voz: «Yo tenía que pedirle a Dios la luna: ¡Dios mío, la luna!»<sup>33</sup>.

El otro rasgo al que nos referíamos brotó también de su trabajo sacerdotal. El contacto con las miserables condiciones de vida que presentaban algunos de los barrios extremos de Madrid —análogos a los de otras grandes urbes desarrolladas a lo largo del siglo XIX y del XX— le hizo como tocar con la mano el dolor y el desamparo en sus formas más agudas. Día tras día estuvo en relación constante con quienes, reducidos por una razón u otra a la mendicidad, acudían a los comedores del Patronato, así como con enfermos que yacían deshauciados, en barrios de arrabal, en condiciones a veces durísimas. Sufrió hondamente y se esforzó por ofrecer a esos hombres y mujeres la poca ayuda

33. Sobre la vida de infancia véase el capítulo «Infancia espiritual» de *Consideraciones espirituales* (pp. 81-93); en *Camino* se mantiene exactamente el mismo contenido, pero dividido en dos capítulos: «Infancia espiritual» y «Vida de infancia» (nn. 852-928).

material que estaba a su alcance y, sobre todo, ese cariño y esa palabra de fe de los que el hombre tiene más necesidad que de la misma comida. Advirtió a la vez que, en esas situaciones límite, enfrentadas con el sufrimiento, con la soledad, con la miseria, con la muerte, las almas pueden caer en la abyección, pero también ir al fondo de su propio ser y elevarse con una especial radicalidad hasta las cumbres del espíritu.

El 5 de junio de 1974, en un encuentro en São Paulo con un grupo de personas de profesiones diversas, un médico cardiólogo le habló del impacto que el dolor y la perspectiva de la muerte causaban a los enfermos. «Te voy a contar —le contestó Mons. Escrivá de Balaguer— una anécdota, hijo mio. Había un sacerdote joven que debía cumplir una misión... mundial (...). Le gustaba mucho visitar a los enfermos pobres, y una vez se encontraba —como tantas— a la cabecera de un muchacho joven, moribundo, de esos que a ti te apenan. A mí me apenan también, pero en aquel momento le tuve envidia. Vi que aquella alma se iba derecha, purificada, al Señor y le dije: ¡te tengo envidia! Se fue muy consolado, muy contento». «Quizá tú —continuó—, alguna vez, tendrás un poco de envidia ante esos moribundos; y otras veces un poco de pena, porque les falta conformidad cristiana. Reza por ellos. Sé buen médico, como eres; buen cristiano, como eres; y harás una gran labor».

Por la noche de ese mismo día, en otro rato de charla, tuvo ocasión de completar su recuerdo. Hablando sobre el valor y la importancia del trabajo comentó, en un determinado momento, que el cristiano debería tener ilusión por vivir muchos años para así poder servir al Señor con una intensa vida de apostolado y morir bien exprimido, como un limón; luego, deteniéndose, añadió: «Es muy cómodo morir. No es bueno ni es nuestro espíritu. La única vez que lo he deseado por unos momentos, lo conté ya: fue a la cabecera de aquel moribundo siendo yo sacerdote joven. Le tuve envidia. Dije: ¡éste se va al Cielo! Además pensé que esas palabras le consolaban, como le consolaron efectivamente. El Señor me premió, porque fui haciendo oración desde allí abajo —aquello era un descampado— subiendo hasta Atocha y andando después hasta Santa Engracia».

Fruto de ese y de otros parecidos ratos de oración fue una honda profundización en el lugar que al dolor, como fragua del alma, como fuente de expiación, le corresponde en la economía del espíritu<sup>34</sup>. Y, a la vez y como consecuencia, un convencimiento firmísimo: no hay efi-

34. Cfr. *Camino*, n. 234. Ver también *Consideraciones espirituales*, pp. 23-25 (*Camino*, nn. 208, 213-215, 218, 220-222, 224-229), así como los textos y hechos narrados por Gonzalo HERRANZ, *Sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte*, en *En memoria...*, o.c., pp. 133-173.

cacia verdadera más que a través de un amor llevado hasta sus últimas consecuencias, hasta la entrega plena, hasta la identificación con la Cruz, hasta la aceptación del dolor que, de una forma u otra, acompaña inevitablemente el caminar humano. De ahí, una jerarquía de medios que formulará más tarde con términos inequívocos: «La acción nada vale sin la oración: la oración se avalora con el sacrificio»; «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en “tercer lugar” acción»<sup>35</sup>.

Cuando, el 2 de octubre de 1928, el querer divino se le manifieste con plenitud y la misión para la que Dios le destina aparezca ante sus ojos con contornos definidos, la convicción que se ha ido radicando en su alma aflorará con especial pujanza. Si ha de sacar adelante una misión divina, habrá de apoyarse en la oración y en el sacrificio. Y, por consiguiente, se exigirá a sí mismo y acudirá a aquellas almas que, probadas por el dolor, pueden encontrarse muy cerca de Dios. «Fui a buscar fortaleza —rememoraba el 19 de marzo de 1975— en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos los lados, todos los días, a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada; entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios (...). Fueron muchas horas en aquella labor, pero siento que no hayan sido más. Y en los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si se pueden llamar casas a aquellos tugurios... Eran gente desamparada y enferma; algunos, con una enfermedad que entonces era incurable, la tuberculosis».

«De modo —prosiguió— que fui a buscar los medios para hacer la Obra de Dios, en todos esos sitios. Mientras tanto, trabajaba y formaba a los primeros que tenía alrededor». «Fueron —continuó diciendo— unos años intensos, en los que el Opus Dei crecía para adentro sin darnos cuenta. Pero he querido deciros (...) que la fortaleza humana de la Obra han sido los enfermos de los hospitales de Madrid: los más miserables; los que vivían en sus casas, perdida hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas».

## II. EL 2 DE OCTUBRE DE 1928

Prescribía el Código de Derecho Canónico que los sacerdotes seculares se retirasen, al menos cada tres años, para unos Ejercicios Espirituales. La praxis iba, en la España de los años veinte, más allá de la ley, y bastantes sacerdotes solían hacerlos anualmente. Para facilitar esa

35. *Consideraciones espirituales*, p. 14 (*Camino*, nn. 81-82).

práctica, en la diócesis de Madrid se organizaban diversas tandas, algunas de ellas en la Residencia de los Misioneros de San Vicente de Paúl. Era esta Residencia un amplio caserón, con fachada de ladrillo visto, construido a fines del siglo XIX, según el estilo y la disposición corrientes en muchos edificios religiosos de aquel tiempo: de planta rectangular y cuatro pisos de altura, la edificación se estructuraba en torno a un gran patio central; en el interior, amplios y largos pasillos daban acceso a las habitaciones, sencillas y austeras.

Allí se dirigió Don Josemaría Escrivá de Balaguer el 30 de septiembre de 1928 para participar en una tanda de Ejercicios destinada a durar hasta el 6 de octubre. El segundo día de ese retiro espiritual, el martes 2 de octubre, fiesta de los Santos Angeles Custodios, Don Josemaría, después de haber celebrado la Santa Misa, revive, recogido en su habitación, los afanes que, desde hace once años, Dios ha sembrado en su alma. A lo largo de todo ese tiempo, el Señor le ha ido concediendo otras luces que están como grabadas a fuego en su corazón y en su mente. Para garantizar el recuerdo, ha adoptado además la precaución de tomar algunas fichas. Esa mañana saca una vez más esas fichas y se dispone a ordenarlas para releerlas y meditarlas. En lontananza repican, festejando a su patrona, las campanas de una iglesia cercana, la de Nuestra Señora de los Angeles; su sonido llega claro y distinto, hasta el lugar en que se encuentra.

De pronto las anotaciones que Don Josemaría tiene ante sus ojos se desvanecen. Una vez más, y ahora definitivamente, Dios se mete en su vida y le hace ver, como iluminados por un foco de potentísima luz, los presentimientos y atisbos anteriores, a la par que los completa y los proyecta hacia el futuro. Las diversas inspiraciones y llamadas, su esfuerzo personal por ser fiel a los dones divinos, las ilusiones y afanes que las anteriores intervenciones de Dios han suscitado en su alma, todas esas realidades, que eran hasta entonces como piezas sueltas de un mosaico aún sin componer, adquieren de repente su sentido acabado bajo la luz superior que Dios ahora le comunica y que lo sitúa ante un proyecto divino claro y preciso. Conoce ya lo que Dios quiere, el porqué de los caminos a través de los cuales el Señor le ha ido llevando, lo que debe ser su vida en lo sucesivo, lo que serán —como fruto de cuanto Dios ahora le manifiesta— las vidas de miles y miles de personas, en todo el mundo, a lo largo de los siglos.

Con la conmoción propia de quien es objeto de una intervención extraordinaria de Dios, Don Josemaría Escrivá de Balaguer, en la tranquilidad de aquella mañana del 2 de octubre de 1928, percibió con luz especialísima la universalidad del amor de Dios, y ante su vista se abrió un panorama amplísimo, ilimitado, de cristianos de las más diversas condiciones y latitudes santificándose en medio de las ocupaciones pro-

fesionales y de los quehaceres más diversos: artesanos y obreros, campesinos y hombres de negocios, profesores universitarios y personas de poca cultura, casados y solteros..., todos, sin excepción, están llamados por Dios a la intimidad con El; todos, allá donde estén, en el taller, en la fábrica, en la sencillez del propio hogar, en la quietud de los campos o en el ajetreo de la vida ciudadana, pueden y deben buscar la santidad, amando el mundo como lugar del encuentro con Cristo y de la manifestación de su gracia.

Para eso lo quiere Dios, para eso sembró hace ya años la inquietud en su alma: para que dedique su vida entera a propagar entre los hombres la llamada divina a la santificación, promoviendo una obra —a la que más adelante designará con el nombre de *Opus Dei*— cuyo fin sea precisamente difundir la búsqueda de la santidad y el ejercicio del apostolado en medio del mundo, entre personas entregadas a las más variadas tareas civiles y seculares. «Padre, ¿y aquel 2 de octubre de 1928...? Aquel día —rememoraré años más tarde, el 2 de octubre de 1964—, el Señor, en su Providencia, quiso que en el seno de la Iglesia Santa, de la Iglesia Católica, que por ser romana es universal, naciera esta pequeña simiente que hoy está produciendo frutos en tantos miles de corazones de todas las razas, de tantos países».

Y mientras eso ocurría, mientras la luz de Dios invadía su alma, las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles continuaban sonando, constituyendo como el contrapunto de su honda vivencia interior. «Nunca han dejado de sonar en mis oídos esas campanas», comentará después, muchas veces<sup>36</sup>.

A lo largo de su vida, el Fundador de la Obra tuvo que referirse en bastantes ocasiones a lo ocurrido el 2 de octubre de 1928: no podía por menos de hacerlo, como es obvio, tratándose de la fecha fundacional de la Obra. Fue siempre muy sobrio, más aún, escueto<sup>37</sup>. De ordinario,

36. En las incidencias revolucionarias y bélicas que conoció Madrid en la década de los años treinta, las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles —situada en una de las encrucijadas más conocidas de Madrid, la glorieta de Cuatro Caminos— se destrozaron o perdieron. Sólo se salvó una que está ahora, conservada como recuerdo, en el Santuario de Torreciudad, instalada junto a un altar al aire libre. Cerca de ella, una lápida, colocada después del fallecimiento de Mons. Escrivá de Balaguer, reza así: «Durante la mañana del día 2 de octubre de 1928, mientras volteaban ésta y las demás campanas del templo madrileño de Nuestra Señora de los Angeles y subían al cielo sus tañidos de alabanza, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer recibió en su corazón y en su mente la semilla divina del *Opus Dei*. En el mes de octubre de 1972, esta campana fue ofrecida a nuestro Padre, y dispuso que se colocara en este lugar, para que su repique de júbilo acompañe al Señor siempre que en este altar se celebre el santo sacrificio de la Misa. Gloria a Dios y a su Madre la Virgen».

37. Ver a este respecto las consideraciones que hace Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer... o.c.*, pp. 99-101.

se limitó a decir que en ese día *vio* —empleó siempre esta palabra— la Obra. Su resistencia a descender a detalles nacía de su humildad —siempre rehuyó todo lo que de una forma u otra, condujera a hablar de su persona—, pero también, y quizá sobre todo, de su preocupación por apartar a quienes le escuchaban de actitudes «milagreras», para conducir la atención hacia lo fundamental: la santificación de la vida ordinaria<sup>38</sup>. «El fundamento de la Obra —decía en 1968— no son los milagros, ni las manifestaciones sobrenaturales de carácter extraordinario, que las ha habido porque Dios ha querido, sino la filiación divina, el trabajo constante de cada día, siempre con optimismo y buena cara».

Pero si fue parco en el descender a detalles, subrayó siempre con plena nitidez el punto central: la iniciativa divina. «Carísimos: en mis conversaciones con vosotros repetidas veces he puesto de manifiesto —notemos que este texto data del 19 de marzo de 1934— que la empresa, que estamos llevando a cabo, no es una empresa humana, sino una gran *empresa sobrenatural*, que comenzó cumpliéndose en ella a la letra cuanto se necesita para que se la pueda llamar sin jactancia *la Obra de Dios*.» A continuación, y haciendo referencia a algunos rasgos de la situación del momento<sup>39</sup>, prosigue de forma aún más explícita: «*La Obra de Dios no la ha imaginado un hombre*, para resolver la situación lamentable de la Iglesia en España desde 1931». «Hace muchos años —añade, completando la idea—, que el Señor la inspiraba a un instrumento inepto y sordo, que la vio por vez primera el día de los Santos Angeles Custodios, dos de octubre de mil novecientos veintiocho (...). No olvidéis, hijos míos, que no somos almas que se unen a otras almas, para hacer una cosa buena. Esto es mucho... pero es poco. Somos apóstoles que *cumplimos un mandato imperativo de Cristo*».

La fuerza de esas frases de 1934 hace innecesarias otras citas. Insistimos sólo en un punto que importa dejar bien sentado. La luz que el Fundador del Opus Dei recibió el 2 de octubre de 1928 no fue una inspiración genérica, destinada a irse concretando con el quehacer histórico, sino una iluminación precisa y determinada. Ciertamente, con los años, el Señor le ayudaría a encontrar formas de expresión cada vez más ricas y a perfilar aspectos del apostolado del Opus Dei, pero, en su

38. «No necesito milagros: me sobra con los que hay en la Escritura.—En cambio, me hace falta tu cumplimiento del deber, tu correspondencia a la gracia»: *Camino*, n. 362. Ver también el n. 583, que completa el anterior.

39. Estas palabras de 1934 estaban dirigidas a los miembros de la Obra con el fin de marcar la peculiaridad del Opus Dei en un momento en el que, ante la compleja situación española de la época, surgían multitud de iniciativas apostólicas, más o menos estables, más o menos definidas, si bien, en su casi totalidad, puramente coyunturales y de horizonte exclusivamente local.

esencia, el 2 de octubre de 1928 vio ya la Obra con toda claridad, definida en sus contornos fundamentales<sup>40</sup>. También en lo teológico-espiritual, que es lo que ahora más nos interesa<sup>41</sup>.

### III. ABRIENDO CAMINOS NUEVOS

#### 1. *En los inicios de una labor fundacional*

A partir del 2 de octubre de 1928 la vida de Mons. Escrivá de Balaguer toma un sesgo nuevo. Sus ocupaciones continúan siendo las mismas que antes, pero la luz recibida y la misión que de ella deriva llenan su conciencia y le llevan a poner en juego todas sus energías para realizar el querer divino. «Me puse a trabajar, y no era fácil», comentaba el 2 de octubre de 1962. Abrir camino nunca lo es. Pero no se arredra. «Se comienza como se puede. —Después, la función crea el órgano», escribirá años más tarde en *Camino*<sup>42</sup>, con frase en la que puede haber resonancias autobiográficas, y que, en cualquier caso, expresa lo que fue de hecho su comportamiento: desde el mismo 2 de octubre se puso en movimiento buscando personas a las que comunicar el ideal que Dios había hecho brillar en su interior.

40. La firmeza y precisión con que hablaba, ya en los primeros tiempos, es uno de los hechos que más llamaron la atención a quienes entonces le trataron, como testimonian no sólo los primeros miembros de la Obra, sino también —y el dato es quizá más significativo— algunos sacerdotes amigos suyos a los que abrió entonces, en confianza, su alma. «Mi primera impresión —recuerda uno de ellos, Mons. José María García Lahiguera, en aquellos años director espiritual del seminario de Madrid y después arzobispo de Valencia— fue la de encontrarme ante un sacerdote muy fiel a su vocación sacerdotal, lleno de ardiente celo por las almas. El me iba explicando la Obra de Dios, que descubría desde ese primer momento como algo enteramente sobrenatural y maravilloso, a la vez que me sorprendía ver cómo todo aquello tan inmenso que me explicaba no era inconcreto, sino perfilado hasta los detalles».

Mons. Laureano Castán Lacoma, obispo de Sigüenza-Guadalajara, que lo conoció en 1926 en el pueblo de Fonz, cercano a Barbastro, al que los Escrivá de Balaguer solían ir durante los veranos, cuenta a su vez: «En alguna de aquellas ocasiones, entre los años 1929 y 1932, dimos varios paseos, a solas, conversando largamente (...). Me habló de la fundación que el Señor le pedía llamándola la Obra de Dios. Aunque decía que estaba trabajando para realizarla, me hablaba de todo como si fuese una cosa ya hecha: tal era la claridad con la que —ayudado por la gracia de Dios— la veía proyectada en el futuro» (*Monseñor Escrivá de Balaguer. Un hombre de fe*, en «La Provincia», Las Palmas de Gran Canaria, 1-X-1978). En términos muy parecidos, aunque referentes a una fecha algo posterior, se expresa también el obispo titular de Grado, Fray José López Ortiz, al que el Fundador del Opus Dei conoció en Zaragoza y con el que mantuvo una amistad entrañable: *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Recuerdos de una amistad*, en «Palabra», 163 (1979) pp. 117-120.

41. Cfr. Pedro RODRÍGUEZ, «Camino» y la espiritualidad del Opus Dei, en «Teología espiritual», 9 (1965) pp. 213-245.

42. *Camino*, n. 488.

En medio de ese esfuerzo, una pregunta, capaz de condicionar su actuación futura, aflora de tanto en tanto en su mente. En alguna ocasión, durante años anteriores, al oír hablar de la fundación o constitución de asociaciones y movimientos, a veces con objetivos muy reducidos, se había preguntado: ¿para qué fundar lo que ya existe?, ¿no sería mejor aportar el propio esfuerzo a alguna asociación ya existente? Ahora, al advertir que Dios le pide que dé vida a una obra, se siente inclinado a hacerse la misma pregunta: ¿no habrá tal vez alguna institución que persiga esos fines que Dios le ha hecho conocer? Y, si así fuera, ¿no debería quizá vincularse a ella, cumpliendo la voluntad divina sin necesidad de dar origen a algo nuevo? Comienza a informarse y a pedir datos, escribiendo incluso a países lejanos, apenas oye hablar de algo que, aunque sea remotísimamente, quizás ofrezca la posibilidad de presentar alguna semejanza con lo que Dios le ha hecho ver. Siempre llega al mismo resultado: nada coincide con lo que Dios quiere de él.

Pero su preguntarse interior no cesa hasta que un día Dios le hace comprender que ese pensar, sin razón alguna, en la posibilidad de que hubiera instituciones como aquella cuya semilla sentía en su corazón, era en realidad una tentación, un pensamiento vano que debía rechazar, sin concederle ni un minuto más de tiempo. «Después —comentaría algún tiempo más tarde, el 9 de enero de 1932—, muchas veces —aunque no soy amigo de comedias— me he puesto de rodillas para pedirlos perdón, hijos míos, porque con esa repugnancia a las fundaciones, a pesar de tener abundantes motivos de certeza para fundar la Obra, me resistí cuanto pude: sírvame de excusa, ante Dios Nuestro Señor, el hecho real de que desde el 2 de octubre de 1928, en medio de esa lucha mía interna, he trabajado por cumplir la Santa Voluntad de Dios, comenzando la labor apostólica del *Opus Dei*»<sup>43</sup>.

Muy pronto ha planteado a algunos la posibilidad de un compromiso pleno con los ideales que la Obra implica, y un grupo nutrido se forma a su alrededor: «Había —recordaba el 19 de marzo de 1975— una

43. Por ese tiempo hablaba de la nueva asociación sin darle nombre concreto, abriendo, ante aquellos a quienes trataba, horizontes de vida cristiana en el mundo y refiriéndose genéricamente a una obra de apostolado que debería crecer y desarrollarse. Un día, una de las personas a las que había comunicado los afanes que le movían le preguntó: «¿Cómo va esa Obra de Dios?». «Fue —explica Mons. Alvaro del Portillo, recogiendo cosas oídas a Mons. Escrivá de Balaguer— una llamarada de claridad: puesto que debería llevar uno, ése era el nombre: Obra de Dios, *Opus Dei*, *Operatio Dei*, trabajo de Dios; trabajo profesional, ordinario, hecho por personas que se saben instrumentos de Dios; trabajo realizado sin abandonar los afanes del mundo, pero convertido en oración y en alabanza del Señor —*Opus Dei*— en todas las encrucijadas de los caminos de los hombres» (citado por Salvador BERNAL, *Apuntes...*, o.c., p. 105).

representación de casi todo: había universitarios, obreros, pequeños empresarios, artistas...». En un primer momento se ha dirigido sólo a varones; después, a partir de febrero de 1930, extiende su labor también a mujeres<sup>44</sup>. Y así van tomando cuerpo y creciendo las dos Secciones que integran el Opus Dei.

Pero no es nuestra finalidad narrar la historia del Opus Dei, ni siquiera la de sus comienzos, sino situar el 2 de octubre de 1928 y señalar su significación histórico-teológica. Dejemos pues la descripción de ese desarrollo apostólico y mantengamos fija nuestra mirada en la jornada del 2 de octubre de 1928, para contemplarla proyectada sobre la vida y la actividad que, hasta ese instante, había desarrollado Don Josemaría Escrivá de Balaguer.

Antes del 2 de octubre de 1928, nadie —ni el mismo Don Josemaría Escrivá de Balaguer— podía saber lo que iba a ser el Opus Dei. Quien, en los meses que van desde abril de 1927 a septiembre de 1928, hubiera contemplado su caminar por las calles de Madrid yendo de un barrio a otro para atender a enfermos, enseñar a niños, asistir a pobres reducidos a la miseria, hubiera podido pensar, al ver el celo y la generosidad con que se prodigaba en todo ello, que estaba destinado a llevar a cabo cosas grandes, pero difícilmente hubiera imaginado que iba a dedicar su vida precisamente a promover una obra encaminada a la inmensa tarea de proclamar el valor cristiano de las actividades seculares, del trabajo profesional, de la vida ordinaria.

Algo parecido cabe decir también por lo que se refiere a su formación intelectual. La España de la década de los veinte no era ajena a los grandes debates doctrinales, sociales e ideológicos de la Europa de aquellos años, y en los ambientes católicos y eclesiásticos estaban presentes los impulsos hacia un catolicismo social, las tendencias tradicionalistas, el eco —ya debilitado— de la crisis modernista... Hombre de amplia cultura y de fina sensibilidad, Don Josemaría Escrivá de Balaguer conoció esos planteamientos, pero sus miras interiores eran otras: lo que llenaba su mente y su corazón eran, en los años anteriores a

---

44. En los meses que siguen al 2 de octubre de 1928, Don Josemaría Escrivá de Balaguer, aunque percibió claramente el alcance universal de la luz recibida, pensó que la Obra de Dios estaba destinada solamente a varones. El 14 de febrero de 1930, mientras decía la Santa Misa, vio que debía promover esa vocación también entre mujeres, dando así origen a una nueva rama o sección del Opus Dei. La Prelatura Opus Dei —que constituye una unidad pastoral orgánica e indivisible— realiza sus apostolados por medio de la Sección de varones y de la Sección de mujeres, bajo el gobierno y dirección del Prelado, que da y asegura la unidad fundamental de espíritu y de jurisdicción entre las dos Secciones (ver Andrew BYRNE, *Opus Dei*, en *Gran Enciclopedia Rialp*, t. 17, 3.<sup>a</sup> reimpresión revisada, Madrid, 1984).

1928, los barruntos recibidos en Logroño y la constante expectación ante la voluntad divina, y, en la época posterior al 2 de octubre, la luz y la misión en ese día recibidas. En su predicación y en sus escritos, tanto los de los años iniciales como los de momentos más tardíos, están ausentes casi por entero —y cabría incluso suprimir el *casi*, pues, cuando aparecen, desempeñan una función marginal— los análisis de tipo histórico-cultural: su forma de hablar no fue nunca la de un pensador que, repensando la historia y valorando la situación presente, conjetura posibilidades y aventura soluciones con respecto al futuro del apostolado cristiano, sino la de un hombre de fe que, habiendo sido llevado hasta el centro de la Palabra de Dios, la proclama poniendo de relieve su capacidad para vivificar, desde la raíz, el ordinario vivir en el mundo.

En todo ello el historiador puede encontrar un testimonio que confirma lo que, como ya hemos dicho, fue afirmación constante del propio Mons. Escrivá de Balaguer: que el Opus Dei no ha surgido como fruto de reflexiones y afanes personales, sino como consecuencia de una iniciativa divina. Repitámoslo: antes del 2 de octubre de 1928, ni el propio Don Josemaría Escrivá de Balaguer conocía la realidad del Opus Dei; lo que ocurrió en esa fecha implica una verdadera novedad, un auténtico comienzo que cambió el rumbo de su vida. Pero, una vez señalado ese hecho, debemos añadir que, a otro nivel, hay, en cambio, una clara continuidad entre las diversas etapas de la existencia del Fundador del Opus Dei. En otras palabras, si atendemos no ya a las actividades que realizaba Don Josemaría Escrivá de Balaguer, sino a lo que acontecía en lo hondo de su alma, entonces todos los años anteriores al 2 de octubre de 1928 se nos presentan como siempre se le presentaron al propio Fundador de la Obra: como el tiempo a través del cual Dios fue preparándole para asumir la misión que quería confiarle.

El temple de alma, la hondura de unión con Dios adquirida por Don Josemaría Escrivá de Balaguer desde su infancia, y especialmente desde los barruntos de Logroño, explican la decisión y la energía con que, a partir del mismo 2 de octubre, se empeñó de lleno en la realización del designio divino que acababa de presentarse a su mente: era en aquel momento un hombre joven —«sólo tenía veintiséis años, gracia de Dios y buen humor», comentaría después—, pero sus palabras y sus acciones revelaron desde el inicio una madurez innegable, fruto de los largos años de oración que las habían precedido.

Pero el nexo entre la misión recibida el 2 de octubre de 1928 y la maduración que le antecede no queda del todo descrito, a nuestro juicio, con lo que acabamos de decir. Si sólo fuera eso, la continuidad entre una y otra etapa no pasaría de ser, en cierto modo, exterior: estaríamos, en efecto, ante una preparación que podríamos calificar de genérica, es decir indiferente, en sí misma, al contenido de la misión

que luego adviene. Y una consideración de la forma de proceder del Fundador de la Obra desde los comienzos de su apostolado nos hace ver que la vinculación entre esas dos realidades fue mucho más honda.

¿Cuál fue ese modo de proceder de Mons. Escrivá de Balaguer? Mostrémoslo mediante una breve descripción de las diversas formas y maneras como puede ser transmitido un mensaje espiritual. Una de esas formas es la propia del teólogo, que procede por la vía del estudio y del análisis, poniendo de relieve las conexiones existentes entre las diversas verdades que ese mensaje concreto encierra y las consecuencias que de él derivan. El pensador, el teólogo, facilita la comprensión del mensaje que comenta y estudia, y pone de manifiesto su riqueza y valor. Al obrar así se coloca a su servicio y contribuye a su difusión, pero, en cierto modo, se desentiende —al menos en cuanto teólogo— de la acogida concreta que pueda tener: su oficio, su carisma peculiar, no llega hasta ahí.

Otra es la manera propia del predicador que, dirigiéndose a un auditorio más o menos numeroso, describe y glosa una doctrina, una praxis ascética, una espiritualidad, exhortando a quienes le escuchan a recibirla en sus corazones y a encarnarla después en sus vidas. Hay en este caso una evidente y clara referencia a la realización concreta, práctica, del mensaje transmitido, pero se trata de una referencia hecha en términos necesariamente generales sin descender a la concreción última e individual de cuanto esa realización implica; corresponde a quienes han escuchado esa predicación esforzarse después, por cuenta propia, en concretar y adecuar a su situación singular los criterios e impulsos recibidos.

Una tercera manera es la del director espiritual o, en términos más amplios, la del formador de hombres, que atiende a las almas una a una y permanece junto a ellas mientras van descubriendo y recorriendo el camino individual y singular por el que Dios las llama, sugiriendo, aconsejando, reconviniendo, exhortando, no en términos generales o según un esquema teórico, sino tomando pie de la vida misma, de lo que en cada momento esa persona concreta siente o necesita, ayudándole así a reconocer, en el entramado de la propia existencia, los dones y las exigencias divinas y a responder a ellos con generosidad.

Este tercer camino es el que siguió Don Josemaría Escrivá de Balaguer al comenzar, con honda vibración apostólica, a difundir la luz divina que había recibido. Hay en sus palabras y en sus escritos densos desarrollos de tenor teológico, y a lo largo de su vida predicó muchísimo, dirigiéndose tanto a grupos pequeños como —en sus últimos años— a auditorios de miles de personas, pero lo más característico de su modo de obrar fue siempre el contacto de alma a alma: transmitió el

espíritu que había recibido de Dios de manera personal, inmediata y directa, en «apostolado de amistad y confianza», según una de las expresiones más significativas de su forma de hablar.

✧ Esa manera de proceder resultaba connatural a su temperamento, extraordinariamente humano y cordial, pero derivaba sobre todo de la misma naturaleza de la vocación divina que había recibido. A lo que se supo destinado el 2 de octubre de 1928 no fue a proclamar en abstracto la doctrina sobre la santificación en medio del mundo, sino a promover en personas concretas la búsqueda de la santidad y el ejercicio del apostolado en y a través de las tareas seculares: lo que estaba llamado a iniciar no era sólo un movimiento de ideas o un renacer teológico, sino, también y ante todo, un fenómeno pastoral. Y a esa realidad se ajustó su forma de actuar.

Su apostolado consistió en dirigirse a hombres y mujeres que vivían entre las realidades y ocupaciones temporales para, en honda labor sacerdotal, acercarlos hacia la fe o hacerles profundizar en ella, manifestándoles al mismo tiempo que esa fe podía y debía iluminar y transformar desde dentro la entera existencia, convertir cualquier vida, aun la más ordinaria y vulgar, en realidad llena de sentido, porque «pueden ser divinos todos los caminos de la tierra», porque «hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir»<sup>45</sup>.

Se comprende ahora por qué insistíamos antes en que el nexo que existe entre las dos etapas fundamentales de la vida del Fundador del Opus Dei —la que antecede al 2 de octubre de 1928 y la que le sigue—

45. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, nn. 26 y 114. Por eso, porque procedió no tanto proclamando una doctrina cuanto enseñando a vivirla, o más exactamente, proclamándola en la medida en que impulsaba a vivir de ella, las grandes verdades presentes en el mensaje espiritual del Fundador de la Obra —la llamada universal a la santidad, el valor del trabajo, el sentido cristiano de la secularidad, la interconexión entre vocación divina y vocación humana...— no están nunca formuladas de manera genérica, sino partiendo de la vida misma y poniendo de manifiesto todas sus implicaciones prácticas y vitales. No es éste, por lo demás, el lugar oportuno para exponer y analizar en detalle la doctrina teológico-espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer. Nos limitamos por eso a remitir a sus propias obras (*Camino, Conversaciones, Es Cristo que pasa, Amigos de Dios...*), así como a los escritos de Alvaro DEL PORTILLO (*Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios*, o.c.; los prólogos a *Es Cristo que pasa* y *Amigos de Dios; Fieles y laicos en la Iglesia*, Pamplona 2.<sup>a</sup> ed. 1981; etc.) y a algunos de los numerosos estudios ya publicados: José Luis ILLANES MAESTRE, *La santificación del trabajo*, 5.<sup>a</sup> ed. ampliada Madrid 1980; Pedro RODRÍGUEZ, *La economía de la salvación y la secularidad cristiana*, en «Scripta Theologica», 9 (1977) pp. 9-123; Alfredo GARCÍA SUÁREZ, *Existencia secular cristiana*, en «Scripta Theologica», 2 (1970) pp. 154-164; la obra colectiva *La vocación cristiana*, Madrid 1975, etc.

es un nexo intrínseco, profundo, vital; y por qué señalábamos que el largo período de once años transcurrido desde los barruntos de Logroño constituyó una preparación no genérica sino específica para lo que vino después. En efecto, una tarea como la descrita, una labor apostólica y sacerdotal destinada a suscitar en los corazones la unión, a la luz de la gracia, de lo secular y de lo cristiano, del vivir en el mundo y del vivir en Dios, sólo puede realizarla quien ha percibido de modo vivo y personal la virtualidad unificadora de la fe, en cuanto fuerza capaz de informar todas las dimensiones del existir humano.

Gracias a que, a través de largos años de oración, su alma se había connaturalizado por entero con la verdad cristiana, mejor, con Dios mismo, pudo asumir con plenitud, situándola en su contexto adecuado, la afirmación de lo secular que estaba incluida en lo que Dios le hizo conocer el 2 de octubre. Cuando, ese día, vio con luz divina que todas las condiciones y situaciones humanas están surcadas por la llamada a la santidad, esa visión penetró en su corazón no como un meteorito que se precipita sobre la arena de un desierto, sino como una semilla que cae en una tierra bien preparada: su alma estaba ya marcada por una profunda conciencia de la cercanía de Dios y podía por tanto captar la luz que Dios le concedía, percibiendo desde el primer momento todo su alcance y todo su enraizamiento teologal.

De ahí la eficacia de su acción apostólica, que conoció dificultades pero cuajó enseguida en frutos. De ahí también que en sus palabras y escritos la secularidad no esté nunca meramente yuxtapuesta al existir cristiano, sino que sea siempre afirmada desde el interior de una fe que despliega toda su fuerza y, por tanto, a la vez con absoluta nitidez y al margen de toda inflexión naturalista. La valoración de la secularidad tal y como la realiza el Fundador del Opus Dei, implica, en efecto, «superar un doble prejuicio: el de los que afirmaban que para ser íntegramente cristianos es necesario separarse del común de los hombres, y el de los que pretenden reducir el cristianismo a posturas mundanas»<sup>46</sup>. Para desarrollar la segunda de estas dos consideraciones sería necesario hablar de realidades y planteamientos muy posteriores a 1928 y trasladarnos a la década de los años sesenta. Baste pues con haberla apuntado. Centrémonos en cambio en la primera de ellas —la superación de la separación entre cristianismo y vida ordinaria—, ya que de esa forma podremos captar mejor la novedad que la predicación del Fundador del Opus Dei representaba con respecto al ambiente que rodeó los comienzos de su apostolado.

46. Así se expresaba Mons. Alvaro del Portillo, actual Prelado del Opus Dei, en una entrevista concedida a «La Libre Belgique» con ocasión del cincuentenario de la fundación de la Obra, y publicada, parcialmente, en ese diario el 3-X-1978.

## 2. *Valor cristiano de las realidades humanas*

«Tienes razón. — Desde la cumbre —me escribes— en todo lo que se divisa —y es un radio de muchos kilómetros—, no se percibe ni una llanura: tras de cada montaña, otra. Si en algún sitio parece suavizarse el paisaje, al levantarse la niebla, aparece una sierra que estaba oculta.

»Así es, así tiene que ser el horizonte de tu apostolado: es preciso atravesar el mundo. Pero no hay caminos hechos para vosotros... Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas». Estas palabras del punto 928 de *Camino* se aplican a toda vida cristiana, y en términos más amplios a cualquier tarea de orden espiritual, ya que la vida del espíritu no es nunca algo pasivo, sino una realidad que debe ser constantemente actualizada; pero adquieren un matiz particular si las situamos en el contexto de la existencia de Mons. Escrivá de Balaguer, especialmente durante los primeros años de la fundación del Opus Dei: la tarea que Dios había puesto sobre sus hombros no podía realizarse sin abrir caminos nuevos y subsanar importantes lagunas de la teología espiritual, de la praxis ascética y del derecho canónico de aquella época.

«Me puse a trabajar —recordaba en la ya citada meditación del 2 de octubre de 1962—, y no era fácil: se escapaban las almas como se escapan las anguilas en el agua. Además, había la incompreensión más brutal: porque lo que hoy ya es doctrina corriente en el mundo, entonces no lo era. Y si alguno afirma lo contrario, desconoce la verdad.

»Tenía yo veintiséis años —repito—, la gracia de Dios y buen humor: nada más. Pero así como los hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe con la pata de la mesa, para que se vea que es El el que escribe: eso es lo increíble, eso es lo maravilloso. Había que crear toda la doctrina teológica y ascética, y toda la doctrina jurídica. Me encontré con una solución de continuidad de siglos: no había nada. La Obra entera, a los ojos humanos, era un disparatón. Por eso, algunos decían que yo estaba loco y que era hereje, y tantas cosas más». En 1974, durante un viaje por el Brasil, aludió de pasada a esas dificultades de los comienzos; uno de los que escuchaban quiso saber más: «Padre, usted nos dijo antes que le llamaban loco. ¿Podría decirnos por qué, cuándo y quién?». «¿Te parece poca locura —fue su respuesta— decir que en medio de la calle se puede y se debe ser santo? ¿Que puede y debe ser santo el que vende helados en un carrito, y la empleada que pasa el día en la cocina, y el director de una empresa bancaria, y el profesor de la universidad, y el que trabaja en el campo, y el que carga sobre las espaldas las maletas...? ¡Todos llamados a la santidad! Ahora esto lo ha recogido el último Concilio, pero en aquella época —1928—,

no le cabía en la cabeza a nadie. De modo que... era lógico que pensarán que estaba loco (...)).

«Ahora —añadió después de una pausa— ya parece natural, pero entonces no era así. A uno que quería ser santo le decían: pues, méte-te... *fratinho*». Se paró un momento y preguntó si se decía así en portugués: «*Fradinho*», le contestaron. Y en seguida continuó: «¡No, señor! Si Dios le llama para casado, que se case, y que sea santo: un padre de familia santo. Y si no, no necesita meterse en un convento. Y si le llama para ser *fradinho*, pues *fradinho*. Pero ¡todos iguales, ante la necesidad de responder, según su camino, a la invitación del Maestro!, ¡todos llamados a la santidad!, ¡todos!»<sup>47</sup>.

«¡Qué claro estaba —afirmaba con palabras que datan del 9 de enero de 1932—, para los que sabían leer en el Evangelio, esa llamada general a la santidad en la vida ordinaria, en la profesión, sin abandonar el propio ambiente! Sin embargo, durante siglos, no la entendieron la mayoría de los cristianos: no se pudo dar el fenómeno ascético de que muchos buscaran así la santidad, sin salirse de su sitio, santificando la profesión y santificándose con la profesión. Y muy pronto, a fuerza de no vivirla, fue olvidada la doctrina; y la reflexión teológica fue absorbida por el estudio de otros fenómenos ascéticos, que reflejan otros aspectos del Evangelio».

En estos textos, en los que Mons. Escrivá de Balaguer resume su experiencia, están expresadas con toda claridad las coordenadas históricas que hacen que, refiriéndose al Opus Dei, pueda hablarse de «viraje» o de «capítulo nuevo y original» en la historia de la espiritualidad cristiana<sup>48</sup>. Detengámonos pues a comentarlos.

Los precedentes de la situación a que esos textos se refieren nos remiten a épocas muy anteriores: a un proceso cuyos inicios se remontan hasta el propio Orígenes en aquellos textos en los que, acudiendo a la exégesis alegórica, sostiene que la distinción, atestiguada por el Evangelio, entre los discípulos que seguían a Cristo y las muchedumbres que le escuchaban, puede ser trasladada al interior de la misma Iglesia, de forma que algunas de las palabras y exigencias de Jesús dejan de estar dirigidas a todos los cristianos para ser referidas sólo a algunos de entre ellos<sup>49</sup>. Pero, aparte del innegable influjo origeniano,

47. Estas frases han sido ya recogidas y comentadas por Salvador BERNAL, o.c., pp. 103 y 191-192.

48. Las expresiones entrecuñadas son del cardenal Sebastiano Baggio, en el artículo ya citado en la nota 2.

49. Sobre el proceso histórico al que nos estamos refiriendo puede verse lo que hemos escrito en la voz *Perfección cristiana*, en *Gran Enciclopedia Rialp*, t. 18, Madrid 1974, pp. 290-293, y, desde una perspectiva algo distinta, en el ensayo *La santificación del trabajo*, ya citado en la nota 45.

intervino otro factor que, de forma ni prevista ni deseada explícitamente por nadie, contribuyó a que el planteamiento mencionado llegara a consolidarse.

Ese factor está vinculado a la aparición del monaquismo y, más concretamente, al proceso en virtud del cual la cultura, y especialmente la cultura teológica, acabó estando concentrada en los monasterios. Eso provocó, en efecto, que, desde tiempos remotos y durante siglos, la teología espiritual estuviera cultivada casi exclusivamente por monjes o por miembros de órdenes y congregaciones religiosas, es decir por personas formadas en asociaciones que, revistiendo formas y obedeciendo a inspiraciones muy diversas, están no obstante caracterizadas todas ellas por el apartamiento de las actividades y tareas seculares o, al menos, por una actitud de distanciamiento psicológico y ascético con respecto al mundo y a las condiciones de la vida ordinaria de los hombres. Monjes y religiosos mostraron, a lo largo de toda su historia, un hondo afán apostólico, que les llevó a prodigarse en obras de predicación y de celo con respecto a los ámbitos seculares, pero, como es lógico, su reflexión teológica, especialmente en el orden ascético y espiritual, se alimentó ante todo de la propia vivencia interior.

Ese hecho es, en sí, absolutamente normal y contribuyó, históricamente, a poner de relieve múltiples facetas del Evangelio. Pero, carente del contrapeso que hubiera representado un pensamiento surgido de una experiencia secular, con el transcurso del tiempo acabó provocando una actitud, difusa pero imperante, que identificaba prácticamente la perfección cristiana con la vocación religiosa. Ciertamente nadie negó nunca que un cristiano, fuera cual fuese su estado y condición, pudiera alcanzar la santidad, pero se tendía a pensar —de manera más o menos explícita— que, tratándose de laicos, ello ocurría más bien excepcionalmente. En cualquier caso, no se analizaban los valores cristianos que encierra la vida secular, mientras que por el contrario se insistía hasta la exageración en los obstáculos que, para la plenitud de una vida cristiana, podría encontrar quien viviera en medio del mundo. Y de esa forma, al menos de manera implícita, se acabó por pensar que no era posible acoger con plenitud las exigencias del Evangelio sin abandonar el mundo y las ocupaciones seculares, es decir sin ingresar en una orden o congregación religiosa.

No faltaron a lo largo de los siglos santos y pensadores que, advirtiendo el carácter negativo de esa evolución, aspiraron a corregirla, presentando a los seculares las perspectivas de la santidad. Una figura, situada en los albores de la época contemporánea, merece especial mención: San Francisco de Sales. Y ello no sólo porque en el santo obispo de Ginebra esa preocupación pastoral tuvo carácter de empeño

programático<sup>50</sup>, sino también porque su obra tuvo una gran repercusión en la posterior historia de la espiritualidad, al menos por lo que se refiere al catolicismo de la Europa occidental: de hecho, a partir de los escritos de San Francisco de Sales, los autores que escriben sobre temas de espiritualidad no dejan de proponer a los laicos, a los cristianos corrientes que viven en medio del mundo, las perspectivas de una vida cristiana más honda.

Un análisis de esas obras pone de manifiesto que en ellas se recoge, de una forma o de otra, la herencia pastoral del obispo de Ginebra y de quienes siguieron el camino por él abierto, pero evidencia a la vez que no van más allá, con las limitaciones que eso implica. Porque, conviene notarlo con claridad, San Francisco de Sales comprendió las deficiencias de una predicación que oscurecía la llamada universal a la santidad, es decir a la plenitud del cristianismo, pero no alcanzó a llegar a la raíz teológica desde la que superar plenamente los planteamientos que le habían precedido<sup>51</sup>. En otras palabras, habiendo advertido la necesidad de un acercamiento pastoral a la vida espiritual del seglar y aspirando a una predicación que abriera a los cristianos corrientes las perspectivas de una fe y una oración existencialmente vividas, el obispo de Ginebra procedió por la vía de una acomodación al mundo secular y laical de las exhortaciones y enseñanzas ascéticas que, hasta ese momento, habían sido dirigidas casi exclusivamente a los religiosos, pero en ningún momento intentó repensar la teología espiritual teniendo presente de modo frontal la experiencia y la situación seculares tomadas en sí mismas. La consecuencia es un estilo de predicación con múltiples aciertos en campos importantes, pero incapaz de percibir y de subrayar muchos de los valores típicamente laicales.

Para documentar de forma concreta lo que estamos señalando, hagamos referencia a una de las realidades seculares básicas: el trabajo. Y veamos cómo hablan de él los autores a los que estamos aludiendo. Entre los numerosos textos que podrían alegarse hemos escogido los de dos autores españoles de principios del siglo XX, reflejo por tanto del ambiente en el que transcurrió la juventud de Mons. Escrivá de

50. «Casi todos los autores que hasta la fecha han venido estudiando la devoción —escribe por ejemplo en el prólogo a la *Introducción a la vida devota*—, han tenido por pauta enseñar a los que viven alejados de este mundo o, por lo menos, han trazado caminos que empujan a un absoluto retiro. Mi objeto ahora es adoctrinar a los que habitan en las ciudades, viven entre sus familias o en la corte, obligándose en lo exterior a un modo de ser común» (*Obras selectas de San Francisco de Sales*, BAC, Madrid 1953, t. I, p. 41).

51. Sobre este punto, puede verse lo que hemos escrito en *Llamada universal a la santidad*, en *La vocación cristiana*, o.c., pp. 28 ss.

Balaguer y en el que comenzara su actividad sacerdotal y las tareas fundacionales de la Obra.

El primero de esos autores es el redentorista Francisco María Negro, que en 1911 publicó unos *Ejercicios espirituales para seglares*. Hay en las páginas de ese libro frases y acentos de innegable valor, y su autor afirma decididamente que todo cristiano puede y debe asumir a fondo esa realidad, central para la vida espiritual, que es la oración. Pero en los párrafos en los que trata del trabajo, se buscará en vano cualquier referencia a las virtualidades humanas y espirituales del empeño laboral; predomina, en cambio, la referencia a los aspectos penales, dolorosos, del trabajo, y a las posibilidades de tentación que la actividad profesional puede traer consigo. Citemos unas palabras suyas: «El exacto cumplimiento de vuestras ocupaciones —escribe— es un cargo de conciencia que debéis llevar escrupulosamente, sobrellevando con resignación y paciencia las molestias y el cansancio que acarrean, y ofreciéndolo todo al Señor, a quien debéis tener siempre presente, invocándole a menudo con estas o semejantes jaculatorias: “¡Señor, dadme paciencia! ¡Hágase, Dios mío, tu santa voluntad!”. Esta divina presencia renovadla de tiempo en tiempo, pensando: “¡Dios me ve, me oye, me mira! ¡Ay de mí si le ofendo!”»<sup>52</sup>.

El otro texto que vamos a citar está tomado de las *Meditaciones espirituales* del jesuita Francisco Garzón, el libro que —según consignamos más arriba— se leía por las mañanas, durante los ratos de meditación, en el seminario de Zaragoza en el que estuvo el Fundador del Opus Dei, así como en muchos otros seminarios de esos años y de los posteriores. También ahí encontramos páginas muy acertadas, incluso desde una perspectiva laical —por ejemplo, las dedicadas a hablar de la vida de Jesús en el hogar de Nazaret como «escuela de perfección de nuestras obras ordinarias»<sup>53</sup>—, pero también ahí predominan los acentos negativos al hablar del trabajo.

Francisco Garzón se ocupa del trabajo al comentar la vida de Cristo durante los años que anteceden al Bautismo en el Jordán y a la predicación pública. ¿Por qué trabajó Jesús?, se pregunta. Para darnos ejemplo de humildad, responde. Pero citemos, aunque sean algo largas, sus propias palabras: «Jesús trabaja en Nazaret. Recuerda lo que pasa en el interior de una pobre familia. Un artesano que trabaja con sus manos, una esposa ocupada en todo lo más humilde que da de sí el cuidado de las cosas domésticas de un hogar sencillo, y un niño que parti-

52. Francisco María NEGRO, *Ejercicios espirituales para seglares*, Madrid 1911, p. 579.

53. Francisco GARZÓN, *Meditaciones espirituales sacadas en parte de las del V. P. Luis de la Puente*, 8.<sup>a</sup> edición, Madrid 1929, t. I, pp. 304 ss.

cipa de las penas del uno y del otro (...). Esa es la imagen fiel de lo que nos presenta Nazaret. Considera atentamente la dignidad del que trabaja de este modo. ¿Cómo se mira en el mundo la suerte de un pobre artesano? ¿Qué lástima no inspira la desgracia de un hombre a quien un revés de fortuna obliga a descender a esta humilde clase? Deduce, pues, de esto lo poco que conviene, según las luces de la razón, semejante estado a Jesucristo, al descendiente de David, al Mesías que podía trabajar con tanto esplendor y fruto en la promulgación del Evangelio, a un Dios esperado por todos los siglos (...). Mira además de qué manera trabaja Jesucristo. Entra en su corazón. La oración se junta constantemente al trabajo de las manos. En las fatigas del cuerpo bendice la justicia de su Padre, que ha condenado al hombre a regar con sus sudores la tierra que le da el pan (...). Considera los motivos del rudo trabajo de Jesucristo. Entre tantas diversas profesiones, ¿por qué escoge la más dura y la más baja? Para enseñar a los hombres que, después del pecado original, tienen dos grandes desórdenes que combatir: el orgullo y la voluptuosidad, y que el solo camino para llegar al fin último es el camino de la humillación y del sufrimiento»<sup>54</sup>.

Es fácil percibir en esas frases, junto a una minusvaloración del trabajo manual, una acentuación del aspecto gravoso propio del esfuerzo que comporta el trabajo en detrimento de las otras facetas que la actividad laboral posee. Ciertamente en el trabajo de Jesucristo, como en todos los momentos de su vivir terreno, están presentes ese anonadamiento y esa humillación (*kénosis*) que rige toda la Encarnación<sup>55</sup>. Pero, ¿es ése el único aspecto o incluso el predominante?, ¿es eso lo que debe recordarse ante todo a cristianos que viven en medio del mundo, entregados a las tareas profesionales?, ¿no hay también en el trabajo de Cristo, como en toda la vida del Señor, dimensiones de revelación, de redención, de elevación? En suma, en esos textos, y en otros muchos que cabría mencionar, falta, como ya anticipábamos, una profundización en los valores seculares en cuanto tales. De ahí que no con-

54. Francisco GARZÓN, o.c., p. 214-216. El padre Garzón no hace aquí sino glosar las ideas que en 1605 expusiera su fuente de inspiración: el Padre Luis de la Puente, que en sus *Meditaciones de los Misterios de la Santa Fe*, segunda parte, meditación 31, punto cuarto (ed. del Apostolado de la Prensa, Madrid 1950, t. 1, pp. 580-581), al preguntarse acerca de las «causas por qué ejerció Cristo el oficio de carpintero», contesta sintéticamente: «1. La primera fue *por huir de la ociosidad* (...) 2. La segunda, *por sujetarse de su voluntad a la maldición que Dios echó a Adán* cuando le dijo: Con el sudor de tu rostro comerás tu pan (Gen 3,19) (...) 3. La tercera, *para ejercitar la humildad*, ocupándose en oficio vil y despreciado; porque Cristo nuestro Señor, a juicio del mundo y de los suyos, no hacía este oficio de su voluntad, como la gente sabia y noble suele aprender algún oficio mecánico para entretenerse, sino de pura necesidad y por ganar de comer».

55. Cfr. Phil 2,5-8.

sigan alcanzar una plena integración de esos valores en las perspectivas del mensaje cristiano, llegando, en el mejor de los casos, a una simple yuxtaposición.

X Un nuevo texto, tanto más significativo cuanto que es de época tardía —el inicio de los años cincuenta—, puede contribuir a perfilar lo que venimos diciendo. Se trata de una comunicación, presentada en una semana de teología por el pasionista Basilio de San Pablo, sobre el tema *La perfección cristiana en el laicado*<sup>56</sup>. En ella, el padre Basilio, después de dedicar cuatro páginas a señalar lo que consideraba «laudable» en la literatura sobre esa cuestión —la afirmación de una llamada a la perfección cristiana—, destina catorce a comentar «las deficiencias» que, a su juicio, deben achacarse a quienes tratan modernamente del tema. Entre las «deficiencias» incluye, en lugar predominante, la valoración de las virtudes humanas —en lo que cree encontrar rastros de pelagianismo— y el no considerar como traba u obstáculo para el acceso a la perfección el vivir en el mundo participando en las tareas propias de la vida secular. El ideal de santidad para el laicado —afirma, coherentemente con esas premisas— no es el de un hombre que trabaja en tareas y negocios seculares buscando, también a través de ellos, su santificación, «sino el de un hombre que, colocado providencialmente en esa situación, no se deja absorber por ellos (por esos negocios y tareas), compaginándolos con una intensa vida de oración y recogimiento». «Por descontado —añade— que esa vida interior no la alimentarán de suyo los negocios, sino los ejercicios espirituales, a cuyo favor logrará envolver en las llamas del amor divino esas actividades, de suyo indiferentes y más bien tentadoras»<sup>57</sup>. Se podrá estar en desacuerdo con el padre Basilio de San Pablo, pero no se puede por menos de admirar su claridad: es, en efecto, imposible postular más decididamente de lo que él lo hace la heterogeneidad entre experiencia secular y vivir cristiano.

Frente a todo ello, el mensaje que, a partir del 2 de octubre de 1928, difundió el Fundador del Opus Dei venía a representar un cambio radical. El cardenal Albino Luciani, en un artículo escrito poco antes de su elección como Romano Pontífice, lo señalaba con nitidez. «Escrivá de Balaguer, con el Evangelio, ha dicho constantemente: Cristo no quiere de nosotros un poco de bondad, sino mucha bondad. Y quiere que la consigamos no a través de acciones extraordinarias, sino con acciones comunes; lo que no debe ser común, vulgar, es el

56. *La perfección cristiana en el laicado*, en *Actas de la XIII Semana Española de Teología*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1954, pp. 283-303.

57. *La perfección...*, o.c., p. 298.

modo de realizar estas acciones (...). Cosas semejantes las había enseñado San Francisco de Sales hace más de trescientos años (...). Sin embargo, en más de un aspecto, Escrivá supera a Francisco de Sales. También éste proponía la santidad para todos, pero parece señalar solamente una *espiritualidad de los laicos*, mientras que Escrivá ofrece una *espiritualidad laical*. Es decir, al dirigirse a los laicos Francisco les sugiere casi siempre los mismos medios practicados por los religiosos, con las oportunas adaptaciones. Escrivá es más radical: habla incluso de *materializar* —en el buen sentido— la santidad. Para él, lo que debe transformarse en oración y santidad es el mismo trabajo material»<sup>58</sup>.

«Unir el trabajo profesional con la lucha ascética y con la contemplación —cosa que puede parecer imposible, pero que es necesaria para contribuir a reconciliar el mundo con Dios—, y convertir ese trabajo ordinario en instrumento de santificación y de apostolado. ¿No es éste un ideal noble y grande por el que vale la pena dar la vida?», afirmaba el Fundador del Opus Dei el 19 de marzo de 1934. Y en *Consideraciones espirituales* escribía: «Una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de apostolado»; «Si has de servir a Dios con tu inteligencia, para ti estudiar es una obligación grave»; «Frecuentas los Sacramentos, haces oración, eres casto... y no estudias... — No me digas que eres bueno: eres solamente bondadoso»<sup>59</sup>. Del 11 de marzo de 1940 son estas otras palabras en las que la vida interior y la oración cristianas aparecen afirmadas no de espaldas o al margen de las realidades seculares, sino íntimamente unidas a ellas: «Donde quiera que estemos, en medio del rumor de la calle y de los afanes humanos —en la fábrica, en la universidad, en el campo, en la oficina o en el hogar—, nos encontraremos en sencilla contemplación filial, en un constante diálogo con Dios. Porque todo —personas, cosas, tareas— nos ofrece la ocasión y el tema para una continua conversación con el Señor : lo mismo que a otras almas, con vocación diversa, les facilita la contemplación el abandono del mundo —el *contemptus mundi*— y el silencio de la celda o del desierto. A nosotros, hijos míos, el Señor nos pide sólo el silencio interior —acallar las voces del egoísmo del hombre viejo—, no el silencio del mundo: porque el mundo no puede ni debe callar para nosotros».

58. Hemos remitido ya a este artículo en la nota 2: allí pueden pues encontrarse las oportunas referencias bibliográficas.

59. *Consideraciones espirituales*, p. 34 (*Camino*, nn. 335, 336, 337). Entre el texto del n. 335 de *Camino* y el punto precedente en *Consideraciones espirituales* hay una diferencia redaccional: en *Consideraciones espirituales* se encuentra tal y como ha sido reproducido en el texto; en *Camino* en cambio se lee «Una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de oración».

En el breve florilegio de textos del Fundador del Opus Dei que acabamos de ofrecer, aflora, neta y clara, una afirmación fundamental, cuyo alcance doctrinal y cuya importancia histórica podemos quizá captar ahora con más fuerza: no se trata solamente de santificarse mientras se trabaja, sino, más radicalmente, de santificarse a través del trabajo y por medio del trabajo. Desde el 2 de octubre de 1928, Mons. Escrivá de Balaguer proclamó sin ambages el valor no sólo humano sino cristiano, santificable y santificador, del trabajo y de todas las demás ocupaciones y tareas nobles que estructuran el vivir ordinario de los hombres.

El salto con respecto a lo que afirmaba la teología espiritual de aquellos años era enorme. No es pues de extrañar que personas formadas en ese ambiente no alcanzaran a comprender el sentido de su predicación, y que algunos —como el propio Fundador de la Obra recordaba en frases precedentemente citadas— llegaran a tomarle por loco, considerando que proponía a sus oyentes metas ilusorias e insensatas, o que incluso, dando un paso más, lo acusaran de hereje, de exaltar excesivamente lo humano, de apartarse de lo que, equivocadamente, tomaban por enseñanza tradicional de la Iglesia, cuando no era en realidad más que un simple parecer teológico, por lo demás parcial y, en más de un punto, necesitado de revisión. Mons. Escrivá de Balaguer conoció así momentos duros —si bien nunca le faltó el cariño de quienes le comprendían y el apoyo incondicional de la autoridad eclesiástica competente<sup>60</sup>—, pero supo mantenerse firme en la defensa de lo que veía claramente como doctrina auténticamente cristiana—«vieja como el Evangelio y como el Evangelio nueva», según acostumbraba a decir— y, de esa forma, dio lugar a ese viraje, a esa etapa nueva y original en la historia de la espiritualidad de la que antes se hablaba, contribuyendo decisivamente a la reafirmación solemne de la llamada universal a la santidad tal y como ha sido proclamada en el Concilio Vaticano II<sup>61</sup>.

Para ir al fondo de cuanto venimos diciendo, conviene subrayar que la novedad que la predicación del Fundador del Opus Dei ha representado desde el año de 1928 no se sitúa a un nivel exclusivamente de lenguaje, ni consiste sólo en acentos pastorales particularmente vibrantes, sino que obedece a planteamientos de fondo: a su ir decidido, guía-

60. En primer lugar, Don Leopoldo Eijo y Garay, obispo de Madrid de 1923 a 1961. A las aprobaciones diocesanas se unieron luego las pontificias: la primera la recibió el Opus Dei en 1943, siendo ratificada y completada, de acuerdo con la praxis canónica, en 1947 y 1950.

61. Sobre el eco de las enseñanzas del Fundador del Opus Dei en los textos del Concilio Vaticano II, véase Alvaro DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*, en «Palabra», 130 (1976) pp. 205-210.

do por la luz de Dios, hasta el núcleo del Evangelio y, desde allí, proyectar una mirada nueva sobre el mundo reconociéndolo como «lugar del encuentro con Cristo». Dicho de otra forma, todo en sus palabras y en sus gestos giró siempre en torno a una profundísima conciencia del poder de la gracia, que le llevó a tener una visión unitaria de la realidad y a percibir, con la claridad de lo evidente, que el entero vivir puede y debe integrarse en el caminar hacia Dios: «la vocación humana es parte, y parte importante, de la vocación divina»<sup>62</sup>. La llamada que Dios dirige al cristiano corriente no se limita a tocar tangencialmente su existencia secular sino que la informa desde dentro, orientándola a Dios sin destruirla, antes bien respetando y potenciando las virtualidades que le son propias, y eso en el instante mismo en que revela su finalización en Dios.

Toda una teología de las realidades terrenas, del mundo, de la secularidad, toda una particular profundización en los dogmas de la creación y de la gracia están implícitas en esas frases: equivalen, en efecto, a afirmar una bondad y una grandeza cristianas del mundo, ciertamente no independientes de la gracia sino relacionadas con ella, pero no por eso menos reales y menos auténticas. Es preciso reconocer que, para una persona formada en una teología espiritual como la antes descrita, dar el paso necesario para llegar hasta ahí no es fácil, ya que exige repensar desde las verdades dogmáticas fundamentales algunos juicios presentados por esa teología como definitivos. Eso explica que muchos escritores del pasado, a pesar de estar dotados de gran afán apostólico y, en algunos casos, de excepcional discernimiento de espíritus, se quedaran no obstante a mitad de camino. Y que algunos contemporáneos de los años iniciales de Don Josemaría Escrivá de Balaguer, incapaces de superar los esquemas de pensamiento que habían heredado, no consiguieran captar la hondura de su predicación y se lanzaran a interpretaciones aventuradas.

Pero la radicalidad de la novedad doctrinal que el mensaje del Fundador del Opus Dei representa no sólo permite comprender algunos hechos del pasado, sino que pone a la vez de manifiesto la importancia de dicho mensaje en orden a la comprensión y proclamación definitivas de la llamada universal a la santidad. Porque —insistamos en ello, ya que es un punto decisivo— mientras no se afirma la capacidad santificable y santificadora —en virtud de la gracia— de la realidad terrena, la invitación a la santidad queda, en el caso del cristiano corriente, como suspendida en el aire, carente de fundamentación, privada de eficacia y expuesta a tensiones difícilmente solubles<sup>63</sup>. Cuando, en cambio, el

62. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 46; ver también *Amigos de Dios*, n. 60.

63. En efecto, si se afirma que los afanes y ocupaciones seculares son, desde la perspectiva cristiana, una mera situación en la que se está, ajena en cuanto tal al

sentido cristiano del mundo se percibe, esa invitación adquiere cuerpo y concreción plenas ya que, desde ese mismo instante, resulta claro que la vocación divina puede y debe, con absoluta legitimidad, asumir la entera existencia terrena.

Lo que subyace, desde una perspectiva teológica, a toda la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer es, en suma, una profundísima fe en la gracia en cuanto fuerza divina capaz de incidir a fondo en todas las dimensiones de la existencia, tanto las formalmente religiosas como las seculares. Es, en efecto, porque la gracia puede vencer al pecado y poner de manifiesto la bondad de la creación, reflejo de la infinita bondad de Dios, y porque «la teología de la creación y la teología de la redención se entrelazan en la concreta vida cotidiana»<sup>64</sup>, por lo que el cristiano corriente puede y debe ser «contemplativo en medio del mundo»<sup>65</sup>, tomar conciencia de la constante cercanía de Dios a su caminar terreno y, por tanto, llenarse de El, «endiosarse», con un endiosamiento que lo haga «más hermano de sus hermanos los hombres»<sup>66</sup>.

Carremos por eso estas páginas con unos textos del Fundador del Opus Dei, en los que esas enseñanzas se manifiestan con especial riqueza. «Debéis —afirmaba en una homilía pronunciada en 1967— comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle *en y desde* las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana». «Yo solía decir —proseguía a continuación— a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber *materializar* la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte;

dinamismo de la vida espiritual, quienes viven en el mundo y se saben vinculados a él por lazos de familia, de profesión, etc., son situados ante la mayor de las perplejidades, ya que, de una parte, se les invita a un cristianismo radical y pleno, mientras que, de otra, se les dice que una tal plenitud no es de ordinario alcanzable en las condiciones de vida que le son propias y que, en cualquier caso, deben buscarla al margen de lo que forma el entramado ordinario de su vivir. Colocados en esa tesitura, algunos, con especiales luces interiores o ayudados por una dirección espiritual particularmente perspicaz, consiguieron, en las épocas que nos preceden, realizar una cabal integración cristiana de sus vidas. En otros muchos casos no fue así, sino que se cayó en la añoranza, vana e ineficaz en la práctica, de estilos de vida inaplicables a la propia existencia, en devocionalismos cerrados en sí mismos e incapaces de influir en la vida ordinaria, en moralismos privados de inspiración ascética y espiritual, en suma en fenómenos de inadaptación o de ruptura de la unidad interior, de los que la historia pasada ofrece abundantes ejemplos. Sobre este punto véase el ensayo de J. B. Torelló, citado en la nota 1.

64. Alvaro DEL PORTILLO, *L'eredità di un fondatore*, en «L'Osservatore Romano», 26-VI-1976.

65. Cfr. *Amigos de Dios*, nn. 67 y 308.

66. Cfr. *Consideraciones espirituales*, p. 31-32 (*Camino*, n. 283).

y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

»¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésta es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»<sup>67</sup>.

«¡Si los hombres nos decidiésemos —exclamaba en otra homilía, de 1970— a albergar en nuestros corazones el amor de Dios! Cristo, Señor Nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Io XII,32), si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, *omnia traham ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí (...).

»Cristo, Nuestro Señor, sigue empeñado en esta siembra de salvación de los hombres y de la creación entera, de este mundo nuestro, que es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios. Fue la ofensa de Adán, el pecado de la soberbia humana, el que rompió la armonía divina de lo creado.

»Pero Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito, que —por obra del Espíritu Santo— tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus* (Gal IV,5), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios (cfr. Rom VI,4-5), liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Eph I,9-10), que las ha reconciliado con Dios (cfr. Col I,20).

»A esto hemos sido llamados los cristianos, ésta es nuestra tarea apostólica y el afán que nos debe comer el alma (...). Pidamos hoy a nuestro Rey que nos haga colaborar humilde y fervorosamente en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que el hombre ha desordenado, de llevar a su fin lo que se descamina, de reconstruir la concordia de todo lo creado»<sup>68</sup>.

«El trabajo, todo trabajo —concretaba en una tercera homilía, de 1963—, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la

67. *Conversaciones*, n. 114.

68. *Es Cristo que pasa*, n. 183.

creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad.

»Para un cristiano, esas perspectivas se alargan y se amplían. Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: *Procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra* (Gen I,28). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora»<sup>69</sup>.

---

69. *Es Cristo que pasa*, n. 47.